

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1.50 pesetas.
— Ultramar y Extramar, 15 pesetas a. p. — Nú-
mero, 10 céntimos. — Anuncio, 25.— Co-
rrespondencia, 20 números, 5.00 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

Sevilla.—Mi querido amigo Nakens. In-
cluya 25 pesetas en la lista de donativos
para llevar a efecto su proposición relativa
a los sellos republicanos. *El Balmarte.*

Barcelona.—Cuenta usted con 10 pesetas
más, si se lleva a cabo lo de los sellos. *Jai-
me Sanllehy.*

Zaragoza.—Toda persona que ame el
progreso, tiene que ver con gusto eso de los
sellos. Cuenta usted con tres pesetas. *Ramón
Dortola.*

San Sebastián.—Caso de que lo de los se-
llos se realice, cuenta usted con 10 pesetas
más. *Angel Digoín.*

Bilbao.—Aquí que no compre sellos, no
puede ser verdadero republicano. Siento no
poder dar más que 2 pesetas. *Ricardo Gar-
cía y Gutiérrez.*

Antequera.—Cuenta usted con 15 ó 20
pesetas, que le remitiré cuando me lo indi-
que. *Francisco Ovelar y Cid.*

Vergara.—Contribuiré con 10 pesetas a
reintegrarme en sellos. *Tiburcio Garicano.*

Santander.—Suscríbame por una peseta
mensual para los sellos. *F. Isidro Socasans.*

Boltona.—Cuenta usted con 5 pesetas
más y otras 5 de un amigo dispuesto siem-
pre para las buenas causas, a reintegrarnos
en sellos ó en folletos de propaganda anti-
clerical. *Saturnino Soria.*

Paris.—Querido Pepe: Para los gastos de
la primera tirada de sellos republicanos,
cuenta usted con mi suscripción de un año,
6 sea, sesenta pesetas, que le remitiré así
que toque usted a recoger. Un abrazo fra-
ternal de *P. Ferrer.*

Madrid.—Basta que lo proponga Nakens,
el bravo campeón anticlerical, para que no
haya republicano que deje de adherirse.

Por nuestra parte puede contar El Motín
con la misma cantidad que él ofrece para la
realización de la idea. *Las Dominicales.*

Málaga.—Aunque en este país se ven con
frecuencia cosas muy extrañas, no dudo que
entre los muchos españoles que blasonan de
liberales habrá por lo menos 2.100 que con,
ó sin sacrificio, cubran á razón de pesetas 15
por término medio, el total de la primera ti-
rada de los sellos. Yo ofrezco contribuir con
esa cuota, como *miñimium.* *Antonio Ortega.*

Osuna.—Cuenta usted con 5 pesetas. *Ma-
nuel Tamarit Guzman.*

Medina del Campo.—Cuenta usted para
sellos con 3 pesetas, sin perjuicio de aumentar
esa cantidad en lo sucesivo. *Victor Os-
caris.*

Port-Bou.—Cuenta usted con 50 pesetas
de los republicanos de ésta para los gastos
primeros, á reintegrarnos en sellos.

¿No podrían las autoridades (¡maldito
nombre!) republicanas, recomendar á sus co-
mités y juntas, que el importe de lo que hu-
bieran de gastar en banquetes ridículos el
11 de Febrero próximo, lo invirtieran en se-
llos? Así, en vez de tirar discursos que á na-
da conducen, podría procurarse tirar algo
más. *Federico Bassols.*

Lisboa.—Hallando inmejorable su idea de
los sellos, cuento con 10 pesetas de su ami-
go. *Manuel García del Castillo.*

Barcelona.—Cuenta con 5 pesetas para
el ensayo de la emisión de sellos, y si la
cosa sigue, me suscribiré por una cantidad
mensual. *Gabino Ronda.*

Logroño.—Le envía 5 pesetas para la
emisión de sellos este viejo republicano. *Vi-
cente Toledo.*

Zaragoza.—Cuenta usted con una peseta
para los sellos, y siempre que pueda, le en-
viará otra. *Faustino Gil.*

Cullera.—Cuenta usted con 5 pesetas
más. *Juan Vallet.*

Bilbao.—Sume 10 pesetas á las que tenga
para los primeros gastos, á reembolsar en
sellos. *La Democracia.*

Segovia.—Cinco pesetas de *Un suscriptor.*

Villanueva de las Minas.—Contribuyo
con 5 pesetas á la idea de los sellos. *Manuel
Barrios.*

Cantillana.—Para los sellos, 5 pesetas.
Lucas Saens.

Villanueva de la Concepción.—Los libre-
pensadores de ésta se suscriben por 10 pe-
setas. *José Gallego García.*

Madrid.—Cuenta usted con 25 pesetas
para lo de los sellos. *Cronwel.*

MÁS SERIEDAD

Faltan bastantes días para el 11 de Fe-
brero, y ya están preocupados algunos
republicanos con lo del banquete tradi-
cional.

Vengo desde hace muchos años tro-
zando contra esto de los banquetes. Y
de que no sirven para otra cosa que po-
nerlos en ridículo, tanto lo dice el he-
cho de que en todos ellos hemos ofreci-
do sacrificarnos por la República, y efe-
tivamente, han pasado 25 años sin ha-
ber realizado el ofrecido sacrificio.

Comencemos á ser serios; dejémonos
de exhibiciones inútiles; pero en el triste
caso de que no podamos resistir á la
pueril tentación de comer fuera de casa
el 11 de Febrero (fecha que no sé por
qué conmemoramos, puesto que nada
hicimos de grande ni glorioso) hagámos-
lo en la forma que propone *El Clamor
Zaragozano*:

«¿Qué es lo que ha pasado otras veces?
No hemos sacado todos los pies fríos y la
cabeza caliente como el negro del sermón?

No, no, ciudadanos; esto ni puede ni debe
ser. El partido republicano no debe apare-
cer hoy fraccionado y celebrando en pe-
queñas é insignificantes reuniones la pro-
clamación de la República; debe, por el
contrario, aspirar á que esa fecha se con-
memore solemnemente, reunidos todos los
verdaderos republicanos en un amplio lo-
cal, dados de las manos sin distinción de
máticos, plegados en aquel acto las respec-
tivas banderas y sin que una prohombre,
por respetables que sean, ocupen la presi-
dencia, ni cenen en mesa especial, porque
allí todos deben ser iguales, todos tienen
la misma valía, el mismo poder, los mis-
mos idénticos derechos; el partido repu-
blicano debe solicitar que hablen en los
brindis los que nunca hablaron ó hablaron
poco porque no presumen de jefes ni de
oradores, ni aspiran á ser concejales ni di-
putados, pues no son más que adalides,
soldados de la República, dispuestos al sa-
crificio, pero nunca á la preponderancia ni
á la recompensa material.»

Repito que lo mejor sería no conme-
morar el 11 de Febrero; pero, de hacer-
lo, que sea en esa forma: unidos todos.
Lo contrario contribuirá á acreditarlos
más y más de farsantes ó inocentes, ap-
tos sólo para tener simpatías entre los
dueños de fondas y cafés.

JOSÉ NAKENS

TODO O NADA

El acuerdo tomado de salir de la neutra-
lidad en que hasta ahora habían persistido,
por lo referente á la política, ha proporci-
onado á los asambleístas de Valladolid mu-
chas simpatías y ha vuelto á despertar nue-
vas esperanzas en el país, ansioso de llegar
á una situación que se diferencie radical-
mente de la actual.

Sin duda los desengaños y las decepcio-
nes experimentados después de la Asamblea
de Zaragoza han hecho comprender á los
representantes de los gremios industriales,
comerciales y productores, que nada prácti-
co podían realizar siguiendo indiferentes y
neutrales á la política.

En ella han entrado de lleno, y con ca-
rácter genuinamente político formaron el
organismo de la *Unión Nacional* para lan-
zarse á la lucha y disputar el poder y con
él el gobierno de la nación á los viejos par-
tidos que han venido disfrutándolo durante
tanto tiempo y con tan fatales resultados
para España.

La formación de este nuevo partido tiene
por lo pronto grandísima significación; quie-
re decir que todos esos elementos represen-
tantes de las mayores fuerzas contributivas
y productoras, no esperan ya nada de los
partidos políticos actuales, ni quieren nada
con ellos; por el contrario, los miran con
aversión, como obstáculo y rémora á sus
aspiraciones regeneradoras, y aspiran á des-
truirlos para suplantarlos en el gobierno y
en la dirección de los organismos del Es-
tado, á fin de plantear ellos mismos, por cuen-
ta propia, las reformas políticas, económicas
y sociales que desean y que en vano han
pedido á los gobiernos de la regencia.

Hacen perfectamente los representantes
de la industria y del comercio en lanzarse á
la palestra y en tomar parte activa en las
luchas de la política; ese es el verdadero ca-
mino.

Ahora bien: el nuevo partido, en cuyos
actos tiene actualmente puesta la mirada el
país con expectación que acusa vivísimo in-
terés, ¿qué bandera esencialmente política
va á enarbolar?

Su programa de reformas sociales y eco-
nómicas, visto con indiferencia y rechazado
con desprecio por los dos partidos monár-
quicos turnantes en el poder, es simpático,
está bien definido y puede por todos acep-
tarse; por los monárquicos como medio de
salvar su difícil situación, por los republica-
nos como principio, como primer paso hacia
el cambio radical que pretendemos realizar
en todos los organismos administrativos del
Estado.

Pero... ¿basta eso para aspirar al gobierno
de un pueblo? No. Hace falta además un
ideal puramente político; declararse en fa-
vor de un régimen que sea el centro, el ner-
vio, el alma de la situación que se pretenda
crear; lo que está en política definido en
estas dos palabras: República ó monarquía.

Este es el dilema que se le presenta al
nuevo partido de la *Unión Nacional*, surgi-
do de la Asamblea de Valladolid.

Si los elementos sociales que lo constitu-
yen siguen mirando con indiferencia lo que
se refiere al régimen político, si lo mismo
les da desarrollar su programa dentro de la
monarquía que de la República, entonces su
situación, su actitud no será clara, definida,
concreta como debe ser la de todo partido

político que aspire á la gobernación de un
Estado, con todas sus consecuencias.

Formado este partido de elementos diver-
sos y por hombres de distintas ideas políti-
cas, tendrá que luchar con diferencias in-
testinas, habrá en su seno antagonismos ir-
reductibles; y en el exterior se encontrará con
las suspicacias y recelos de los monárquicos
y los republicanos, que forman el gran nú-
cleo de la opinión del país; no gozará de la
confianza de ésta, y claro está que en este
caso sus voces se perderán en el vacío y sus
esfuerzos resultarán ineficaces.

Si sólo luchan por destruir los actuales
partidos monárquicos, para sustituirlos bajo
el mismo régimen imperante, tendrán, ade-
más de la enemiga lógica de estos elementos
á quienes pretenden quitar el poder, la aver-
sión natural de los republicanos, que no po-
demos transigir con nada que tienda á per-
petuar un régimen con el que estamos en
abierta lucha y con el que no entraremos
nunca en tratos ni componendas.

Estas son las dificultades más salientes con
que se va á encontrar el nuevo partido.

Del mal siempre debe escogerse el menor.
Si la *Unión Nacional*, penetrándose de la
realidad de las cosas, atendiendo á las aspi-
raciones generales del pueblo é inspirándose
en las necesidades de la época en que vivi-
mos, se decide á enarbolar como bandera
política la de la República, tendrá en su con-
tra sólo á los monárquicos, pero, en cambio,
podrá disponer y estará á su lado un núcleo
potente de opinión que puede apoyarse
para realizar sus aspiraciones, que no de-
jamos de proclamar patrióticas y eficaces para
llegar á la regeneración porque tanto España
clama y suspira.

Cuenten y tengan presente los represen-
tantes de las Cámaras de Comercio que todo
eso que ellos han pedido después de las ca-
tástrofes de la guerra y de los fracasos de
los partidos del régimen actual, lo hemos
venido antes pidiendo sin cesar, diariamente,
á todas horas los republicanos; que son
ellos los que han venido á darnos la razón en
todo cuanto hemos dicho acerca de las cues-
tiones administrativas, económicas y sociales,
y que si en esto estamos conformes ¿por qué
no hemos de estarlo también en lo que se
refiere exclusivamente á la forma de go-
bierno?

Un paso más adelante que dé el partido
de *Unión Nacional*, una declaración concre-
ta y categórica sobre este último punto, le
hará salir airoso del dilema en que hoy se
encuentra, colocándole ante el país en una
situación clara, definida y sin nebulosidades.

Dando este paso, la verdadera *Unión Na-
cional* estará hecha, la aflicta situación del
país salvada, y España podrá regocijarse con
la consoladora esperanza de ver en brevisí-
mo plazo realizada la obra de redención mo-
ral y material porque tanto tiempo ha veni-
do luchando.

El partido de *Unión Nacional* tiene hoy
en su mano el serlo todo ó no ser nada.

JOSÉ CINTORA

RESPUESTA

¿Se ha enterado usted, me preguntan
de Vergara, de lo que el carlista Cruz
Ochoa ha dicho en el Senado del diputa-
do republicano por San Sebastián don
Francisco Zabala, apoyándose en él para
defender á los carlistas detenidos en este
cárcel? Por si usted no conoce á Zabala,
le diré que es el republicano que dejó El
Motín hace dos años, porque atacaba al
clero.

—No me he enterado de lo que el
Ochoa dijo, ni conozco al señor Zabala,
acaso por la maldita costumbre de no
fijarme más que en las personas de cierto
mérito; y sin reparar que ese señor
pueda tener mucho, confieso humilde-
mente que no había oído hablar de él
hasta que resultó elegido diputado. Y,
después, francamente, tampoco he oído
hablar.

Por esto no me atrevo á emitir juicio
acerca de su modestísima personalidad,
aun cuando la circunstancia de apoyar-
se en él un cura carlista, equivalga casi
casi á una biografía.

Mas como trato de ser justo siempre
que me es posible, no emito juicios sin
perfecto conocimiento de causa.

LOS JESUITAS

Es mucha desgracia, mucha, la que aque-
ja á los santos discípulos de San Ignacio de
Loyola. Jamás se vió persecución semejante.
No se comete en el mundo desaguisado al-
guno que no sea al punto atribuido por la
malicia á los manejos ocultos de esos varo-
nes perfectísimos que forman la milicia de
Cristo.

No data el mal de nuestros días, la cosa
es antigua. Antes de que Voltaire hubiere
hecho oír su risa sardónica y Rousseau es-
crito *La profesión de fe del vicario saboya-
no*, y la enciclopedia intoxicado las almas,
y la revolución convertido á la sociedad en
un herradero, ya los padres jesuitas habían
tenido que sufrir, amén de los ataques de
los folletarios, las iracundas persecuciones
de los poderosos.

No, no es de hoy eso de acusar á los je-
suitas de todo mal y pecado. Dentro de la
misma Iglesia tuvieron sus primeros enemi-
gos. Odiábanlos los obispos por rivalidades
de jurisdicción, los dominicos por *tiquis mi-
quis* de teología tomística, los franciscanos
por competencias en las misiones. Si triunfa-
ron de los jansenistas, que valían mucho más
que ellos, caro pagaron el triunfo cuando el
egregio Pascal, en sus *Cartas provinciales*,
denunció ante la conciencia universal las
truhanerías de su moral *probabilista*.

Luego tocó el turno á los gobiernos. Choi-
seul en Francia, María Teresa en Austria,
disolvieron la sociedad. Pombal en Portugal
y Carlos III en España, expulsaron á sus
miembros. El papa Clemente XIV suprimió
la orden y mandó cerrar sus colegios. No
hubo maldad que por entonces no se le im-
putara. Ellos corrompían las costumbres.
Ellos soliviantaban las masas. Ellos se con-
sagraban á un tráfico ilícito. Ellos suble-
vaban las colonias. Ellos enseñaban el regicidio.
Ellos aspiraban á la dominación universal.
Ellos desnaturalizaban la moral del Evan-
gelio para hacerla servir á sus fines. *La mano
oculta* del jesuitismo traía á mal traer á
aquellos gobiernos, absolutos todos y archi-
católicos los más. Jesuitas habían sido los
factores de la célebre conspiración de la
pólvora, que en poco estuvo hiciera volar
por los aires al rey y al Parlamento inglés.
Jesuitas los que instigaron al duque de Avei-
ro á matar al rey de Portugal. Jesuitas los
que sublevaron al Paraguay contra los es-
pañoles y portugueses. Jesuitas los que con-
citaron al buen pueblo de Madrid contra su
buen rey Carlos III. No se rompía entonces
un buen plato en Europa y América que no
lo hubiesen roto los jesuitas.

Pasan los años, vuelve bajo esta bendita
regencia á medrar la Compañía proscri-
ta hasta en los tiempos seraficos de Sr. Patro-
cinio y el P. Claret, y vuelve á reproducirse
el singular fenómeno. Otra vez los jesuitas
tienen la culpa de todo. No hay poder más
odiado en esta tierra beata, patria de San
Ignacio y cuna del Papa Negro. Sin conocer
á Pascal ni por el *barro*, sin haber ojeado á
Michelet ni leído *El Judío Errante*, el ins-
tinto popular acusa á los loyolas de todos
sus males. Jesuita es la reacción triunfante.
Por su jesuitismo, dicen, nos gobierna Silve-
la. Por jesuita, de traje más ó menos corto,
sale Polavieja de la narla, y se erige en ar-
chipámpano y cuasi dictador. A influencias
jesuiticas atribuyen muchos las abominacio-
nes de Montjuich. ¿Qué más? Hasta las so-
ciedades de Villaverde son cargadas por las gen-
tes en la cuenta de los reverendos padres.
La morada de los siervos de Jesús es donde
quiera el primer blanco del enojo de las tur-
bas. ¿No es maravilla contemplar cómo se
repite la historia? Las verdaderas del mar-
cado, los golfos del arroyo, parecen hoy
guiados por el mismo espíritu que inspiró
un tiempo las determinaciones á Pombal y
á Choiseul, á María Teresa, á Carlos XIII y
al papa Clemente XIV. ¡Extraña unanimi-
dad! Los jesuitas han hecho el milagro de
concitar contra sí por igual los odios de re-
yes y pueblos, la malquerencia de los esta-
distas y la maldición de la plebe, los anatemas
del poder y las cóleras del tumulto.

¿Qué tendrán, qué tendrán esos santísimos
varones para atraer así sobre sus cabezas
venerables los rayos de todas las iras? Sol-
dados de la fe, militares de Cristo, paladines
de la ortodoxia contra la herejía, adalides del
pontificado y del poder ultramontano, quan-
do se mezclan en los negocios mundanales
lo hacen sólo por mayor gloria de Dios. Por
eso tramaman, intrigan, cabildan. Por eso en-
señan, dirigen, aconsejan. Por eso penetran
en los hogares, se insinúan en las concien-
cias, y desde allí rigen la vida.

¿Qué otra cosa puede imputársele si no es
el éxito? ¿Es su culpa si damos linajudas, y
sobre todo acaudaladas, les prefieren para la
dirección de sus almas y á veces también
para la administración de sus bienes? ¿Es su
culpa si familias acomodadas llevan sus hijos
á las escuelas de la Compañía, considerán-
dolas como las mejores aulas del templo
augusto de Minería? ¿Es su culpa si las más
importantes sociedades mercantiles se colo-
can bajo su amparo? ¿Es su culpa si órganos
de gran publicidad les son propicios? ¿Es su
culpa si pod-reros representantes de la fuerza
se les declaran adictos? ¿Es su culpa si
aún los corifeos del liberalismo obedecen
sus sugestiones? ¿Es su culpa si en esta bien
aventurada sociedad no se mueve la hoja en
el árbol sin su consentimiento?

Su culpa no es; pero maldécidos, abomi-
nados, execrados por la opinión, bien harían
esos padres reverendos en retirarse por el
foro, llevándose consigo, como el macho
simbólico de Israel, los pecados de la reac-
ción. Sería un grande ejemplo, el único ac-
ceso que hubiesen dado en toda su vida co-
lectiva de abnegación y mansedumbre.

ALFREDO CALDERÓN

Reconocida por la Guardia civil la ca-
sa del coadjutor de Abadiano, don Casil-
do Ania Iturralde, nada se encontró;
pero sí cuarenta remington en la sacris-
tia y cuarenta mosquetones en el cielo-
raso de una galería del cementerio.

¿Qué enseñanza sacar de esto? Esta:
En el momento que se levante una
partida carlista en cualquiera punto de
España, hay que registrar las iglesias,
los conventos, las sacristías, los cemen-
terios, los asilos y colegios religiosos,

con mandamiento del juez, sin manda-
miento, y ochar de paso el guante á cu-
ras, frailes, monjas, hermanos y beatos
de menor cuantía, encerrándolos en la
cárcel con muchísimo respeto.

Y haciendo bien y á tiempo esta sim-
pática y justiciara operación, no haya
muerto de que la guerra se formalice.

Con qué á prepararnos, liberales de
todos los matices, para cuando llegue el
momento.

RECTIFICACIÓN

Querido Nakens: Para rectificar, no en El
Motín, pues no vale la pena, sino en el buen
recuerdo de Nakens.

Ha dicho uno de sus colaboradores:

«Señor don José Nakens.
Muy señor mío: Le habrá usted leído. Las úl-
timas fiestas de Navidad se han visto en París
más concurridas que en años anteriores, lo cual
indica, á juicio del que da la noticia, que va vol-
viendo al espíritu de las gentes la fe religiosa de
otros tiempos. Por lo visto, la devoción había ve-
nido muy á menos, se hallaba en peligro de ex-
tinguirse, pero va recobrando fuerzas y ganando
los corazones. ¿Y yo que la suponía perdida!
Mas, puesto que el mal existía ¿quién ha hecho
esa cura maravillosa? Sin duda los curas con sus
practicantes los frailes, únicos doctores para curar
las almas y los entendimientos, los únicos que
poseen el secreto de la panacea espiritual. No se
dice cómo han obtenido tan buen resultado, pero
se aprecia por la mayor concurrencia á las fiestas
religiosas.»

Yo no he dicho nada de eso. Yo telegra-
fé un hecho, consignado en todos estos pe-
riódicos: lo extraordinariamente concurridos
que estuvieron los templos de París con ocasi-
ón de las últimas fiestas de Navidad; y al
telegrafiar ese hecho, añadí que la prensa
revolucionaria atacaba al clero, y que Amil-
care Cipriani pedía que se le exterminase
por el hierro y por el fuego.

Hágame usted el favor de decir al buen
señor del sueldo, que en París, y en la ige-
sia de San Eustaquio, se están dando con-
ciertos de pago, costando *cientos francos la
butaca*. Diga usted á ese señor, que la única
tumba que no tiene signo religioso en el ce-
menterio de Bois Colombes, es la tumba de
mi hijo Ricardo. En fin, diga usted á ese se-
ñor, que mi hijo Luis, que está en un colegio
bajo el único que existe en Asnières, —tra-
jo sin saberlo, y puesto en uno de sus libros
por su director del colegio, esta quisquosa:

(Un apéndice con el retrato de *Drunmont*
en un libro: *Tous les bons Français lisent
la Parole*, EDOUARD DRUMONT, Di-
recteur. Y en el reverso: *Vive la France
A bas les juifs*.)

que dice más que todo cuanto pudiera yo
escribir.

Un abrazo, querido Nakens.

BONAFOUX

19 Enero. 46. Avenue Pereire. Asnières. (Seine).

«¿Qué periódicos y qué periodistas!
El domingo 14 del corriente inaugu-
ronse las obras de la fábrica azucarera en
el sitio llamado La Poyola, inmediato á
Arganda; hubo (¡cómo había de faltar!) as-
perjes, agua bendita y plátano.

El parroco dijo que las bendiciones de
la Iglesia servían para que los terrenos
produjeran y fructificase la semilla en ellos
arrojada, etc.

«Tratemos de eso», dijo uno de los
asistentes; y cuando el cura concluyó, el
interruptor sostuvo que las únicas bendi-
ciones que sirven son los buenos abonos,
las buenas labores y la buena dirección de
los hombres de ciencia.

Nada de esto han dicho los periódicos
de gran circulación que allí estuvieron re-
presentados. ¿Para qué? ¿Y las suscripcio-
nes? ¿Y la caja administrativa? ¿Sobre todo
la caja, la caja!

Me envía las anteriores líneas un amigo de Ar-
genta, y como responden perfectamente á lo que
era, público y práctico, las reproduzco y las hago
más en un tolo.

LA HONRADEZ

CUENTO

Emilia era una muchacha tan bonita, tan deli-
cada, tan buena y tan cariñosa, que más que ser
humana parecía un ángel que hubiera venido á
encontrarnos como son los del cielo.

Vivía en una gran ciudad que no es necesario
nombrar, en compañía de un tío suyo, sacerdote,
hombre de los que hemos convenido en llamar
santos, por no tener en su pasado ni presente
nada que desdiga de la más imbatible castidad,
por más que, con respecto á la avaricia y á la
superbia, pudiera dar lecciones á cuantos usureros
en el mundo han sido.

La vida en un cura en tanto grado, que cuan-
tos otros en las garras caían, llevados por la necesi-
dad de la miseria, no salían sin ser pelados, descaño-
nados y aun despedidos.

Los años y los trabajos, que también la tarea de
distinguir al prójimo los proporcionala, habían de-
jado á don Antonio, así el usurero sagrado se ha-
bía, casi sin vista y sin oído, y era cosa que
podía admiración cómo los gritos más desahorados
no llegaban á hacer el timano del viejo y una pa-
labra dicha en voz natural por su sobrina le per-
cibía perfectamente. De aquí que las operaciones
de acausar en los libros, llevar la cuenta de cada
víctima, extender los recibos y demás indispen-
sables en el rubro tranquilo que se llama usura, tu-
viera que hacerlas Emilia.

¡Pobre muchacha! Nacida para vivir en los
idílicos espacios del amor, tenía que consumir su

juventud entre libros malolientes, papeles mugrientos y pesados escritos judiciales. ¿Cuántas veces su corazón juvenil se había conmovido viendo las lágrimas y oyendo los gemidos del pobre labrador o de la triste viuda que pedían un plazo, unas horas de respiro, un poco de misericordia para no hundirse en el abismo de la desesperación y de la miseria?

Emilia vivía en lucha continua con su conciencia y con su entendimiento. ¿Cómo es posible, se preguntaba, que mi tío merezca y tenga la consideración de todas las personas honradas? Mi tío es un santo, según todos afirman, y, sin embargo, es evidente que no tiene corazón.

Es cierto que su vida no puede ser más metódica. Se levanta a las cinco de la mañana, hace meditación, reza no sé qué salmos, dice misa con gran desprecio, se desayuna con frugalidad, recibe visitas de las personas más austeras, y fuera de la avaricia y la usura, no tiene vicio alguno ni nada que le recree o le domine.

Pero ¿es posible ser santo y no querer a nadie, ni hacer beneficios, ni servir de nada a sus semejantes, y en vez de esto, atesorar y sacrificar sin entrañas de piedad al que se ve caído en la indigencia?

A mí me repugna el coadyugar a este verdadero robo; pero ¿qué algo? ¿si no tengo donde ir a parar, ni quién me dé un pedazo de pan?

Así pensaba aquella pobre muchacha, y tales pensamientos la traían como ensimismada y con eterna cara de disgusto y contrariedad. El tío, entre tanto, utilizando el prestigio de que vivía rodeado y los trabajos inteligentes de su sobrina, veía lleno de gozo cómo sus arcas estaban cada día más repletas.

Como la muchacha era bonita y tenía dieciséis años, no tardó en entenderse con un chico de poca más edad que ella, al que en la iglesia conoció y con el que se entendió por ventanas y puertas.

Llegaron tales amores a conocimiento del clérigo, y allí fue el deshacerse en consejos y sermones a ponderar las ventajas de la castidad enderezados; allí el redoblar las precauciones para que alma viviente no llegara a hablar ni aun de lejos con la doncella enamorada; allí, finalmente, el amenazar con desamparos, deshonras y hospitales.

Servieron tales consejos, discursos y precauciones, de lo que servían los que se dirigieran a lograr que las rosas no abran en Mayo, los ruidos de los toros en la enramada, o las palmeras no se envíen el polen en las tibias alas de la brisa.

Emilia una noche se levantó de puntillas, se acercó a la alcoba de su tío, sintió los ronquidos que con fuerza estentórea lanzaba, abrió un balcón que sobre su oscuro patio caía, y, como heróica de novela, se descolgó por una sábanas y fue a dar en los brazos de su amante, que la esperaba provisto de una llave del portal que les franqueó el paso a la calle, al aire libre, a la libertad, al amor...

¡Santos cielos! Cuando el usurero ensotado se enteró de la fuga de su secretario, amanuense y víctima, que la de la sobrina poco o nada le importaba, dió rienda suelta a su furor, juró vengarse, y ya iba a poner en movimiento a la policía, cuando le dijeron que eso haría que los fugitivos se casaran, cosa que él no quería de ninguna manera. «Que se mueran de hambre, dijo entonces: que se mueran de hambre y de deshonra, pues nunca daré mi consentimiento, necesario para la boda».

Sin él, efectivamente, no podían los jóvenes amantes legitimar su situación, y así determinaron seguir viviendo juntos hasta que ella llegara a la mayor edad.

El mundo honesto y devoto se apresuró a llenar de injurias y desprecios a aquellos dos muchachos que no pedían más que recibir sus sacramentos de la Iglesia.

Las gentes todas se dedicaron a consolar al pobre cura del disgusto que le había dado aquella loca de atar.

Emilia decía con frecuencia: «Es particular lo que me pasa; en casa de mi tío era honrada y la conciencia no me dejaba vivir, y sólo a costa de grande violencia me podía convencer de que lo era; y aquí me dice todo el mundo que me he perdido, que estoy deshonrada, y tengo que hacer grandes esfuerzos para creerlo porque mi conciencia está tranquila».

Un día Emilia entró como solía en una tienda a comprar lo necesario para su casa; en la tienda había una cocinera de casa grande que para pagar sacó un bolsillo repleto de dinero. Cuando Emilia volvió, cerca de su portal en el suelo, vió un bolsillo que era evidentemente el de la cocinera. Emilia lo cogió, lo abrió, vió en él lo que bastaba para endulzar su existencia y la de su marido durante un mes; pero lo cerró, y, volviendo a la tienda, lo entregó para que fuera a parar a manos de su dueña.

De vuelta en su casa, pensaba llena de alegría: «Desde que no soy honrada puedo darme el gusto de hacer bien a los demás y no queirme con nada de nadie».

GIL BLAS DE SANTALLANA

Varios colegas, cuyos nombres citaré en el número próximo, se han adherido a la idea de reunirnos los periodistas, ya que nada hacen los hombres que debieran mover y dirigir la opinión hacia el punto concreto de traer la República, pero República sin nombres ni apellidos.

Gracias a los que se han adherido y suplica de que lo hagan pronto a los demás.

TODO NUEVO

Hemos cometido los republicanos, entre otros errores, el de creer que, halagando a los elementos interesados en que se eternice lo existente, realizáramos la conquista de adeptos.

Este sistema, ahora y siempre, ha de resultar vicioso y perjudicial.

Se ha procurado mimar al clero, prometiéndole, o poco menos, que sus cuarenta y dos millones y la amplísima acción que en el Estado ejerce, no corrían peligro bajo el régimen republicano.

Y, en efecto, desde el príncipe de la Iglesia hasta el más insignificante sacristán, reniegan de las libertades, y antes se arrancarían un diente que dejarían pasar la ocasión de dar donde les dueña a los republicanos.

Se ha hecho entender a los adinerados que la explotación sin freno, hoy permitida, sólo sufriría insignificantes modificaciones, y ni se ha democratizado a los altos burgueses, ni se ha conseguido que dejen de mirar

con intensa simpatía todo lo que signifique represión y violencia contra las innovaciones.

Se ha formado atmósfera para atraerse al poder judicial, y no pasa día sin que se denuncie un periódico republicano, demostrando la escasa independencia que a aquél se le concede el hecho de que el simple voto de un gobernador haga releer y denunciar líneas que a primera vista no se consideraron merecedoras de denuncia.

Se ha halagado a los institutos armados, indicándoles que no se pensaba en mermarles la ración, lo cual no ha impedido que, por sencillísimas cuestiones, hayan proclamado la ley del más fuerte, imponiéndose al elemento civil.

Hemos pasado, en fin, la vida quitándonos el sombrero y sonriendo con afabilidad delante de todos los que representan poder, tegiendo esperanzas con la caudicez de gente que vive en el limbo.

Entre ellos y nosotros no puede existir más que odios y lucha.

Aun queda gente de buena fe que se admira ante el rasgo del exministro que principió su carrera política comulgando en las ideas republicanas, ingresó por interés en el campo dinástico y hoy abandona su partido pretextando razones de consecuencia.

¿Qué importa a nadie el lado hacia el que eso transfuga pueda caer?

Entiéndase bien: la República no debe construirse con materiales gastados.

Se aproxima el día de la liquidación forzosa, y esto puede ser el motivo de ciertas actitudes.

Audirán cuando luzca la República fingiendo reverenciaria los que ahora la abominan.

Pero no hay que olvidar a los poderosos de hoy, impidiendo que le hinquen el diente.

A régimen nuevo, hombres nuevos.

Y pongamos a raya a los que ahora nos dominan, diciéndoles al clero, a la justicia, a la gente de armas y a pobres y ricos, con ruda franqueza:—Por ahí habéis de pasar, porque aquí no ha de haber más amo que el pueblo.

(EL GORIANO)

EDUARDO DE PALACIO

Ha muerto este querido compañero en la prensa.

De gran cultura, de ingenio como pocos, con aptitudes para todos los géneros literarios, dejó una labor colosal, y a su familia en la miseria.

¿Qué mayor elogio que éste puede hacerse de un hombre en estos tiempos en que la literatura y el periodismo son negocios puramente industriales?

Reciban sus hijos mi pésame dado con el sentimiento que le dije mentalmente al muerto al verlo meter en el nicho:

¡Adiós para siempre, Eduardo!

JOSE NAKENS

Me preguntan:

«¿Por qué algún diputado de nuestro partido no alza su voz en el Congreso pidiendo que se levante la suspensión de garantías constitucionales en Bilbao?»

Porque eso podría disgustar al Gobierno y nuestros diputados no quieren ponerse a mal con nadie. Sino con su partido.

UN BUEN PATRIOTA

En la iglesia de San José se halla establecida la *Obra expiatoria*, especie de colecturía general del reino, a perro grande, y entra en aquélla el dinero a espaldas.

Pero ¡ay! alguien ha repartido una hoja en la que se dice que el Papa quiere que se traslade a Roma, dirigiendo las cartas y el dinero a P. Albé, vía Nomentana, 263, y esto ha llegado al alma de nuestro amantísimo prelado, señor Cos y Macho.

Y tanto le ha llegado, que en *El Boletín eclesiástico*, hablando de esa hoja, se ha arrancando con este piadoso

AVISO

«Dicha hoja, según testimonio de persona autorizada, constituye un verdadero escándalo, y su autor abusa del nombre de San Santidad para conseguir sus fines: El Abbe Bugnet no tiene derecho a recaudar limosnas en España y llevarlas a Francia, ni a tener celadores ni celadoras de su obra en esta diócesis. Decimos esto porque sabemos que algunos particulares, varias comunidades y muchos colegios cooperan a la obra de M. Bugnet, ignorando quizá que también existe en Madrid la *Obra expiatoria*.

Esta última fue erigida en la parroquia de San José de esta corte el día 1 de Noviembre de 1893, con aprobación y licencia del Ordinario, pudiendo dirigirse las personas piadosas al señor cura de la misma, ó a la excelentísima señora marquesa viuda de la Romana, directora general, calle de Serrano, núm. 26, ó a don Enrique Padellera, en la capilla de la Salud, tanto para suscripciones y remisión de limosnas, como para pedir noticias respecto de la ya repetida *Obra*.

Bueno será advertir que esta *Obra* ha recogido ya cuantiosas limosnas, cuando celebrará anualmente más de dos mil misas en España y funciona de una manera admirable.

Damos este aviso porque hemos sabido que en este obispado se trabaja con actividad febril por la obra francesa.

Esperamos que todos los fieles de esta diócesis, como buenos católicos y españoles verdaderos, promoverán la *Obra expiatoria*, que tiene por centro la parroquia de San José, de Madrid, y en manera alguna contribuirán al engrandecimiento de una *Obra* extranjera con perjuicio del pobre clero español.

Desde que Breca y Moreno, el del *Arreite*

de Bellotas con savia de *toro* ecuatorial lanzó su célebre: «*Op, que hay viles falsificadores*» no había visto lo nada que le aventajase en el género.

Es hermoso, es sublime el grito de guerra lanzado por nuestro santo obispo. «Nada de enviar cuartitos al extranjero! ¡las almas de los franceses no deben redimirse con monedas españolas! En San José están los verdaderos zaragoneses de la *Obra expiatoria*».

Laudable es sin embargo, ese celo. Ya que no se preocupan nuestros caritativos obispos de las necesidades corporales de los españoles, buen es que traten de sacar sus almas del purgatorio, aun cuando creo que deberían dejarlas para el verano, pues hace ahora mucho frío, y allí estarán las pobres bastante abrigadas.

Lo único que quita un poco de mérito a su celo, es que los cuartos esos de la obra no se giran directamente al Purgatorio, sino que se los reparten aquí entre obispos, curas y demás acérrimos enemigos de los bienes terrenales; pues esto incita a creer que trabajan en provecho propio y no en el de las ánimas. Mas no por esto he de desconocer que el P. Cos otra como buen patriota, mirando por las almas de los españoles antes que por las de los extranjeros. Por algo somos todos los hombres hermanos e iguales ante Dios.

En una gaceta de un papel negro, hablando de una función religiosa, que acudieron muchos jóvenes del *seco* devoto.

¡Cielos! ¡Un nuevo sexo! ¡Si los llamarán así a los *flamantes*! ¡Si quome el que pueda de este mar de confusiones en que me anego!

LEY DE HERENCIA

Siempre que uno cae en la tentación de pararse a reflexionar sobre el origen histórico de ciertas clases y gerarquías sociales que hoy campan por sus respetos y lo dominan y mangonean todo, hállese, fatalmente, con la desilustradora realidad de que no todo lo que reluce es oro; y, por ejemplo, descubre por la historia que el origen de nuestros generales tan flamantes, pulcros y condecorados, fué el jefe saqueador de la salvaje banda, y que en el pirata suspirado, soez y cruelísimo tuvieron su digno empuje los actuales almirantes de *pustaflo*, estrategos-organizadores de fiestas brillantes y alegres collones...

Pero lo que más llama la atención de los que en tales futezas nos ocupamos, es observar en su desenvolvimiento progresivo, la larva de donde fueran brotando sucesiva y paulatinamente los sacrosantos servidores sacerdotales de todos los *fetiches*, *ídolos*, *santos*, *semidioses* y *dioses* de que hállese plagado el mundo y todos los ámbitos de la inmensidad...

Los sacerdotes tuvieron origen en el sacrificador horrible de víctimas, ora humanas, ora irracionales. Verdugos de la humanidad fueron en un principio y tuvieron a gran honor sacrificar a inocentes pequeñuelos en obediencia a las barbaridades crueles del horrible dios Moloc.

Siempre siniestros y dispuestos al sacrificio del prójimo, los sacerdotes fueron los verdugos judiciales y espirituales de los pueblos bárbaros, y sólo ellos podían azotar a los condenados a tales penas.

Los sacerdotes godos eran los encargados de preparar y ejecutar las llamadas *purgaciones*, pruebas terribles mediante las cuales la ultramontana justicia goda pretendía averiguar la inocencia ó culpabilidad de los acusados, obligándoles a meter las manos en agua hirviendo. Si los sometidos a tal prueba quemábanse las manos sumergidas en el bulente líquido, eran tenidos, desde luego, por culpables, y en caso contrario, reputábanse inocentes.

Lo mismo en Grecia, que en Roma, en la antigüedad que en la Edad Media ó el Renacimiento, vemos siempre a los sacerdotes oficiando de sacrificadores.

Fetichista, budista, pagano, israelita, mahometano ó católico, el sacerdote, pertenecía a la religión que se quiera, fué siempre el mismo inmolador de todo lo noble, el asqueroso gusano que corroe la conciencia de los pueblos, el germen maldito que produce la infelicidad del mundo. Su misión es de muerte, y se encubre para sorprender a los hombres tras el ropaje de santo de una piedad fingida. Todos los sacerdotes hablan de mansedumbre, de amor al prójimo, y, sin embargo, persiguen sañudos a cuantos no piensan como ellos.

Templarios, esgrimían la espada contra su prójimo, y dominicos se gozan en torturar y quemar vivos a los que llaman sus *hermanos* en Jesucristo...

No hay que extrañarse de los arranques belicosos de los clérigos; han declarado guerra a la vida y sólo viven para proporcionar triunfos a la muerte. Su ralea es la de los verdugos, y sólo el día que en el mundo no haya mártires que sacrificar, se habrán acabado para siempre los sacerdotes.

Los que sueñan con un clero tolerante, que imite al Cristo en la sublimidad de perdonar a sus sacrificadores, no saben lo que se pescan.

Jesús pudo perdonar a sus sacrificadores, pero los que se dicen sus ministros, han violado el divino perdón y persiguen rabiosamente al sin ventura pueblo hebreo.

So capa de santidad, son los clérigos la imagen de la intolerancia y el soporte de toda tiranía. Su sombría silueta encaja perfectamente en todo lugar de sacrificio injusto, de martirización escorriente. Por ellos se encendió la hoguera, se levantó la horca y

funciona todavía el garrote. Ellos, con sus medidas virulentas de guerra y exterminio, con sus intranquilidades crueles han excitado en todo tiempo las pasiones de los pueblos, y promovido, en nombre de un Dios de piedad, los más abominables crímenes y horrores contados en la historia.

El cura trabucarse y el fraile guerrillero que fusilan, saquean y violan, son los tipos más selectos y honorables de la ralea clerical. De esta manera hace la Iglesia sus mejores obispos y forja sus pontífices más fácilmente santificables.

Los clérigos son la encarnación de todas las venganzas miserables, y ni aun el mismo Dios, si existiese y tal se propusiera, sería capaz con toda su omnipotencia de arruinar de sus ministros sacerdotales el espíritu de rencorosa crueldad de que se hallan animados.

Fueron creados para sacrificar en aras de un cielo en que no creen, a sus semejantes. Descendientes de verdugos y de sacrificadores inhumanos, son la feroz ralea de los siniestros servidores del horrible Moloc, reconocidos en los Arboles, Torquemadas y Santa Cruz.

La ley de herencia cumple aquí en toda regla.

DAVID LUBAN

Obispo separatista

El obispo de Barcelona, Morgades, ha publicado una pastoral, recomendando que en Cataluña se rece y predique en catalán.

Si no fuese por la intención separatista que envuelve la idea, habría motivo para reírse, y exclamar:

«Si creará ese que cobra en castellano, que realmente hay allá arriba quien se entere de esas cosas».

Ahora, si yo tuviese poder para ello, le habría suprimido ya la nómina, en el dialecto que él hubiese preferido. Y qué gritase luego en catalán cuanto quisiera.

Porque obispos como el sólo tienen un punto vulnerable: la bolsa. Los golpes que se les dan en ella son los únicos que les llegan al alma.

En una función que hubo en Gariuain, predicó un fraile de Olite, diciendo pestes de la justicia y de los gobiernos. Después, cogiendo una placa, deo las gradas del altar se dirigió al público preguntando:

«¿Juráis no juntaros ni hablar con las personas que sean enemigas del sacrosantísimo Corazón de Jesús? ¿Juráis derramar hasta la última gota de sangre para defender por todos los medios posibles al Corazón de Jesús?»

Algunas mujeres contestaron: «Sí, padre! y, entusiasmado el amigo, dió vivas al Corazón de Jesús, y muera a sus enemigos».

Me arrepiento de haber dicho que para nacer servían los templos. Sirven para eso; para preparar a los fieles el esbochamiento de ímpios.

Pido una mitra para ese fraile, y que le den después cuatro tiros por la espalda.

Por traidor a la doctrina de Cristo, aquel que predicaba el perdón de las ofensas y el amor al prójimo.

Doy todas estas penas por si ese animal de fraile no sabe quien es.

La verdad se impone

El conde de Romanones en el Congreso:

«El señor marqués de Pidal ha tenido colaboradores que no deben permanecer en la sombra».

El señor Catalina, que es el papa negro del señor Pidal, no sólo indaga en su Dirección, sino también en la de Instrucción pública. Y nosotros, como liberales, debemos protestar de esta intrusión de los elementos retrógrados.

El actual ministro de Fomento es un sacristán. Va derecho a su fin. Si en España no estuvieran debilitadas las ideas liberales, el marqués de Pidal no hubiera podido ser ministro.

Estamos en plena reacción. La juventud ha perdido sus tendencias liberales, y ninguna reacción es tan temible como la de la juventud.

En el mismo Parlamento, la brillante representación de la juventud se ha educado en las ideas reaccionarias, y ha venido al Congreso traída por el elemento religioso.

Antes la juventud iba a los Ateneos; ahora se congrega en asociaciones religiosas. Y esta es la juventud que ocupa las cátedras.

Todo eso es verdad. Pero ¿quién tiene la culpa de que hayan llegado las cosas a este extremo? El partido a que Romanones pertenece. Más los debe el clericalismo a los liberales, que a los mismos conservadores.

Esto no quita para que en esta ocasión merezca aplauso quien se atreve a decir la verdad, aun cuando reviente a su partido.

Aun cuando no copio sus palabras precisamente por aplaudirle, sino por decirle a los republicanos de bonete: «¿Lo veis? Hasta los causantes del incremento del clericalismo a quien servir, reconocen ya que hay que combatirlos. ¡Qué disgusto tan grande para vosotros, la señora, los niños y la cocinera! ¡Os acompaño en el sentimiento!»

Una compañía de Zarzuela llegó a Fitero la víspera de Reyes a las diez de la noche, con ánimo de dar función en aquel Teatro el 6 y 7, y a pesar de que pagaban al posadero por adelantado, el

negó a recibirlos, viéndose precisados a pasar la fría noche por las calles, hasta las cuatro de la mañana en que tomaron el coche para Corella, con pérdida de viajes y grandes molestias: una de las señoras llevaba consigo una niña de pocos meses. El posadero obró influido por los clérigos.

Y pensar que los cómicos tienen en Madrid una capilla, la de la Virgen de la Novena, y que se gastan los cuartos en funciones religiosas!

Al ver lo que les ha ocurrido en Fitero, entran ganas de parodiarse un célebre letrero en esta forma:

¡Justo castigo a su necedad!

UNO QUE LO ENTIENDE

Alda, arzobispo de Zaragoza, ha dicho: No me importa nada de la prensa.

Si fuese porque su conducta impecable lo pusiera a cubierto de toda censura, el primero en aplaudirle sería yo. Pero no debe ser por eso, a juzgar por esto otro que le dice *El Clamor* zaragozano:

«Que el párroco de un pueblo de la diócesis acomete este que en mano a los sacristanes de su templo en el mismo altar y los obliga a defenderse a can tolerancia; pues nada le importa al arzobispo. Que en el mismo asunto intervengan los tribunales; como si no intervinieran. Que ese mismo cura arroje del templo a una mujer porque no es hermana de tal ó cual hermandad y no contribuya al culto con su limosna; que se entera el marido de la infidelidad que se hallaba en su coro, y quiere aporrear al cura; pues tan trastos. Que en un día solemne predica en la misa mayor contra todo lo que se le antoja, incluso su coadjutor, preguntando a los fieles que a quien quieren más, si a él ó al antedicho; que los fieles y la familia del coadjutor se atulan y quieren lincharlo, y tienen que intervenir el alcalde y el juez y la guardia civil para evitar que le ofendan la obra, aunque tolerando que lo hagan de palabra y que lo silben estrepitosamente; pues tan urdidos; que posteriormente se denuncia en forma que el coadjutor y una joven del pueblo son denunciados amigos, y que debe impedirse a todo trance la maledicencia; pues aquí me las dea todas, porque si bien al pronto el dicho coadjutor fué desterrado, poco después volvió a la localidad y a su deshonrado proceder, según afirman; y mediaron entrevistas en el palacio episcopal, y se rompieron allí cartas sucias y comprometedoras, y se sostuvo correspondencia con el vicario general sobre este negocio, y el señor arzobispo siguió despreciando a la prensa y sin que nada le importara la opinión pública, porque, sin duda, alguien andaba de por medio que, por su posición social y política, le alentaba a observar esa conducta».

El anterior relato prueba que en la diócesis de Zaragoza ocurre lo que en todas; esto es, que ni de oídas se sabe el paradero de las respetables señoras doña Ley, doña Justicia y doña Equidad.

Y siendo así ¿cómo extrañar que el diocesano haya dicho eso que ha dicho? Ni aun para confiar su enorme sueldo tendrían tiempo, si se dedicase a poner remedio a los males que la prensa le señalara.

Por esto lo mejor que puede hacer es hacerse el desdichado con la prensa y que continúen los curas cometiendo barrabasadas.

Y vamos cobrando santamente, ya que Dios es tan bueno con los suyos, y el pueblo tan idiota y resignado.

Un hermano del tenor Garullí, llamado Alfredo, fué detenido equivocadamente en Gijón por la policía. Maniatado fué conducido a la inspección, donde le administraron una fenomenal paliza con un vergajo, intimidándole para que declarase que era estafador; lo tuvieron encerrado dos días sin comer, y al final le dijeron, poniéndole en libertad:

«Nos hemos equivocado.»

El procedimiento me gusta y ofrezco contribuir a implantarlo el día que mandemos.

Se agarra a uno ó varios reaccionarios, se les encierra, se les apalea, se les priva de comer y después se les pone en la calle a puntapiés.

Aun cuando no. ¡Pobrecillos! ¡Sería mucha crueldad! Por esto, quizás lo mejor resultaría ahorcarlos, aunque fuese internamente.

Nada de ensañamientos.

Un hermano del tenor Garullí, llamado Alfredo, fué detenido equivocadamente en Gijón por la policía. Maniatado fué conducido a la inspección, donde le administraron una fenomenal paliza con un vergajo, intimidándole para que declarase que era estafador; lo tuvieron encerrado dos días sin comer, y al final le dijeron, poniéndole en libertad:

«Nos hemos equivocado.»

El procedimiento me gusta y ofrezco contribuir a implantarlo el día que mandemos.

Se agarra a uno ó varios reaccionarios, se les encierra, se les apalea, se les priva de comer y después se les pone en la calle a puntapiés.

Aun cuando no. ¡Pobrecillos! ¡Sería mucha crueldad! Por esto, quizás lo mejor resultaría ahorcarlos, aunque fuese internamente.

Nada de ensañamientos.

LOS NOCEDALES

El apellido Nocedal sonará en la historia de la Iglesia española tan fatidicamente como el nombre de Pilatos en el Credo y como el de Itacio en los anales eclesiásticos.

Los hombres no pueden menos de dar a sus obras el sello de sus ideas y carácter, por hábiles que puedan ser en el fingimiento y la hipocresía.

No fué posible a Chateaubriand ocultar al exótico que llevaba dentro del aparente cristiano y en realidad católico de oficio. No pudo de Maistre disimular entre el farrago de su cristianismo político su temperamento friamente sanginario, ni Parrell sus instintos de rebelde en su larga labor lenina, ni Venillot su bilis de satirico entre sus jeremiadas aparatosas de ultramontano pietista.

Nocedal (D. Cándido), liberal avanzado por dentro, exótico, mundano, amantísimo del bello sexo, amigo de comodidades y brillo, ambicioso (no avaro ni mucho menos), dominante, astuto y llamado como pocos, y duro en demasía, cuando quiso ejercer de católico batallador porque lo convino y ya no halló otro papel vacante en la política española, no pudo en manera alguna sustraerse a su carácter.

No conocía el dogma como Agustín Nicolás; ne era tan literato como Veuillot ni tan filósofo como Bonald, ni tan buen político como De Maistre; conocía poco la historia de la Iglesia y casi nada su derecho; era extraño, más bien refractario a la mistica, y así en su rápido estudio del catolicismo no se asustó más que una nota, la del desprecio, del amargo pesimismo, del odio y de la furia de la Roma papal humillada por Bonaparte, amenazada por los carbonarios, despreciada por las potencias, pisoteada por el liberalismo, y por último despojada de su ya caduco trono temporal por los Salmos. Esto quiere decir que se asustó precisamente lo anticristiano y anticatólico, lo adventicio y sobrepuesto por la ambición teocrática; lo puramente humano de la Iglesia.

¿Concibese muy bien que sin otro bagaje filosófico moral, adoptara con júbilo todas las degeneraciones del siglo XVII, todas las trampas monásticas, las crueldades inquisitoriales, las tretas casquivanas, sutilezas, confusiones y embrollos; la armonía femenil unida a la severidad del verdugo; la guerra de religión y la diplomacia de la perdición con todas las malas artes florentinas, y sazonado todo ello con sus instintos propios, le sirviera bien para luchar por el catolicismo con armas impías predicando una Iglesia sin Cristo y un catolicismo falto de espíritu cristiano. No había visto más en la Roma conocida, y nada más pudo concebir ni penetrar de esta gran verdad entonces y hoy también olvidada por los teóaticos: «El catolicismo se propaga, pero no guerras; expone, no impone sus dogmas; los defiende con la práctica de las virtudes que ellos engendran, pero no ataca a sus enemigos ni resiste al mal ni lo devuelve; ni emplea un solo medio puramente humano, bastardo e interesado terrenalmente, aunque de él dependiera el triunfo definitivo de la fe en todo el planeta. Non est Ecclesia custodienda more casitrum».

Era muy pequeño Necedal para comprender esto, que además no le hubiera llevado a la posición política y a las ventajas del campeonato con que soñaba. Era muy pequeño en todos sentidos, pero en cierto modo nos resultaba menos pignero que su hijo.

Cuando discuten hoy algunos cuál de los dos es más chico, los inteligentes deciden que lo era el padre; nosotros nos inclinamos también a este parecer, mas sin que se nos oculte que los hechos no lo abonan.

Necedal, padre, supo alcanzar éxito político, a que no llegaría nunca Necedal hijo: el padre, militante y masón, apareció fogoso y en cierta manera noble, trazándose el mismo su camino, el hijo, con la ruta ya trazada, no ha ido a ninguna parte ni ha tenido un solo rasgo. Como hombre, el padre tuvo pasiones que no ocultaba, y el hijo ha vivido en continua hipocresía; el padre se casó por amor, y sin mirar que su adorada era de una familia de cómicos, la amó porque era hermosa, el hijo, más atento a las preocupaciones y a los intereses, se unió a una mujer rica, huyendo de la pobreza que tanto honró a su padre.

Este, como político, tuvo ideas propias alguna vez; su hijo, nunca. En religión, el padre, aunque defendió todas las gacemodías, no fue gacemodío; el hijo pretendió siempre parecerlo por lo menos. El padre era sobrio, modesto y nada vano; el hijo es sibirita, juerguista cuando cree que no le observan, soberbio, amigo del lujo y con pretensiones de aristócrata.

Es Ramón más orador, más literato y hombre de mejor gusto que su padre; pero la soberbia le hace cursi, eminentemente cursi, y la indolencia ignorante, hasta el extremo de no hallarse en sus discursos sino brocheros gordos y vulgaridades como esta que acaba de soltar: «Antiguamente los siervos tenían la cuestión social resuelta, porque sus señores cuidaban de ellos...» Necedal insigne que demuestra el más absoluto desconocimiento de las ciencias sociales, como otros muchos despiantes necedadinos prueban el de las ciencias eclesásticas.

Son iguales padre e hijo en su poco escúlpulo para sostener amistades particulares con enemigos en religión, si los negocios lo exigen. Ambos fueron secuaces del filósofo que da un nudo hablaba en la cátedra y de otro se gobernaba en casa predicando y vendiendo trigo; ambos publicaron hacer mucho bien y no han hecho más que mucho mal, y a ambos se debe que el catolicismo militante español tenga ese sello exótico de adulez pesimista que repele y hace odioso cuanto defiende. Más enemigos han procurado ellos dos al catolicismo, que todos los incrédulos españoles juntos; más odios han conitado a la Iglesia implantando en ella el exclusivismo y la política del odio, que todos los disidentes aquí posibles.

Esta es, pues, la obra de los Necedales. Pero al fin, el padre pudo llegar a su hijo la jefatura de un partido robusto, casi todo el clero sumiso, mucha nobleza adherida, un núcleo respetable de inteligencias y un periódico que tiraba más de veinte mil números.

El hijo, arrojado a botzcos del partido, es hoy jefe de una taita exigua de imbéciles que él mismo desprecia; no tiene a su lado nobles, obispos, clérigos respetables ni hombre alguno de valor intelectual, y habla al mundo desde un papelucho que tira 2.500 ejemplares contando el cambio. En él aparece lleno de odio y de envidia, postergado, mal quisto en Roma, y en el Jesu, y en la Nunciatura y en los palacios: fracasado en todos los terrenos y retorciéndose con la rabia de todas las impotencias; pero es rico y puede consolarse con galanterías fáciles, juergas sarlatánicas como la última del Puerto de Santa María, donde quedaron todos bajo la mesa, y éxitos oratorios de guardarrapia.

Si esto le sucede por inepto, malo; si por negligente, ó distraído ó orgulloso, peor. De todos modos resulta inferior a su padre, cuya obra se ha derrumbado en sus manos pecadoras.

Aquel fué temido y temido murió; a éste, su hijo, se le atreve ya todo el mundo.

¿Y es éste el que va a destruirnos?

No es lo mismo excomulgar a los misticos ó canonizar al santo obispo de Milancia en casita jugando a los infalibles, que dar con una piedra en la luna.

EL PAIS

Iba el director de *La Lucha* de Cádiz por una calle; se le acercó un tal Villaverde, teniente alcalde, y le dió un bastonazo por la espalda; volviéndose sorprendido, le devolvió la caricia y el cobarde agresor salió corriendo. Envió después el periodista un par de amigos al Villaverde, y el hombre se negó a responder.

Permítame el compañero en la prensa decirle que obró mal en esto último. ¿Qué motivos le había dado el teniente alcalde para que lo ofendiese suponiéndole caballero?

VERDAD A MEDIAS

Dice Blasco (Eusebio):

«Los revolucionarios no han podido encontrar desde hace veinticinco años que los bucanes, dos ó tres millones para hacer una revolución. En cambio, el pueblo, republicano y radical, puede gastarse todos los años quinientos ó veinte millones en admirar a los carniceros vestidos de luces y en jugar a la lotería, que es juego, no solamente permitido, sino autorizado, y erigido en elemento productivo de gobierno».

A un pueblo así, ¿cómo pueden dársele libertades, reformas y progresos? Desencanta la relación de crímenes, y se le dan folletines de aventuras y de proezas de bandidos. Le gustan los toros, y se le dan dos ó tres columnas de revistas taurómicas en los periódicos. Le gusta que el tautismo religioso le mande, y se le da en todos los periódicos una columna diaria de novenas, trisagios y ejercicios. Mañana se le dará hecha por un ambicioso cualquiera una situación nueva y se le dejará, para celebrar el triunfo, que se embriague de sangre en el circo taurino y que juegue al gordo en Nochebuena.

Creo que no tiene razón Blasco, porque eso que él pinta tan bien, no es el pueblo propiamente dicho; el verdadero, el que ha de poner lo de arriba abajo, no ha tenido durante los 25 años últimos dinero para ir a los toros ni jugar a la lotería.

Además, estará tan ocupado en obras de regeneración verdad cuando el momento oportuno llegue, que no tendrá tiempo de pensar en lotería ni en toros. Baza mayor, quita menor.

En el cementerio civil de Laredo están inhumados: un alemán que en un bergantín que dió allí a la costa, se ahogó; un hijo de José López, una hija de Migue. Ochojo, y otra hija del señor Ocales y uno que se suicidó sin haber tenido antes la precaución de dejar dinero para el entierro y unas misitas.

¿Y qué han hecho algunos buenos católicos? Pues estropear la puerta, robar unas tablas y hacer sobre los sepulcros lo que el escarabajo de la fábula hizo sobre la vestidura de Júpiter.

Quisiera en este momento ser católico, para tener el gusto de apartarme de una religión que incuba oreyentes tan ociosos y sinvergüenzas.

LA VOZ DE UN MAESTRO

Frases dirigidas por Emilio Zola a una comisión de periodistas de Amberes, al entregárselo ésta un regalo en testimonio de admiración por su grandiosa campaña en pro de la moral y la justicia:

«Yo os saludo, periodistas revolucionarios, que batalláis, no por el éxito y el lucro, sino por un ideal. Por la prensa y por la pluma se hará la verdadera revolución».

Los periódicos inmundos, escritos por maldades y por videntes, pueden envenenar a las masas nutriendolas de mentiras. Los periódicos iluminados por el esplendor de la sinceridad y la franqueza, matarán a aquellos sin apelar a más armas que la verdad.

Es esta una victoria cierta, indiscutible; cada día el progreso adquiere mayor fuerza, y la justicia adelanta un nuevo paso conforme avanza la ciencia. Basta con que los hombres honrados puedan escribir libremente: ellos vencerán.»

Lo que traslado a todos los periódicos que en España comercian con las ideas y trapichean con la verdad.

Dice *El Ampurdanés* de Figueras:

El domingo último circuló un rumor, bastante grave por cierto, de que el día anterior había ocurrido un hecho repugnante y brutal cometido por un caballero sesentón, muy católico él, con una niña menor de quince años, añadiéndose que alguno de los parientes de la niña practicaba diligencias para denunciar el hecho a los tribunales.

Ignoramos lo que podía tener de verdad aquel rumor; pero el día siguiente, lunes, declaró que por personas interesadas en este asunto se había buscado una solución honrosa por ambas partes, sin necesidad de la intervención de las autoridades.

Bien hecho. Siendo católico el causante del desperfecto, la niña ha recibido una honra inusitada. Además, entregando una peseta a San Antonio para *El pan de los pobres*, recuperará lo que haya perdido.

Y hasta que parezca otro setentón católico.

UN CURA... CURA

Perico Campos Itojas, cura, natural de Sabote ó hijo del barbero *Mickipishi*, parroquia en Izatorra, después de haber salido a una de tocoyo suyo de Chiolana.

A poco de su llegada destituyó al sacristán, al sochantre, dividió en dos bandos a los músicos, dió lugar a mil conflictos por negarse a bautizar un niño, y ahora acaba de promover un gran escándalo con una pobre señora anciana é impedida.

Durante la misa de once, y en el momento en que el celebrante alzaba la hostia, salió de la sacristía, y con ademán descompuesto se dirigió a la señora que se hallaba con todo recogimiento escuchando la misa, y cogiéndola del brazo trató de lanzarla fuera de la Iglesia.

No pudiendo conseguirlo, empezó a gritar: «Señor juez, señor juez, bajo mi absoluta responsabilidad lance usted de la iglesia a esa mujer maldita, a esa mala beata!»

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando los fieles todos levantáronse airados contra él; la gente que se paseaba en la placeta de la iglesia entró también en actitud agresiva; el sacerdote que decía la misa marchóse sin concluir, y sin la oportuna intervención de las autoridades, se hubiera armado en la casa de Dios una zahurda horrible, y quien sabe si

hubiera salido perniquebrada alguna oveja ó el pastor con la calabaza abollada.

Una comisión compuesta del alcalde, el juez municipal y otras personas de representación de Izatorra, fué a Jaén a poner los hechos en conocimiento del arzobispo, y efectivamente, el arzobispo no la recibió.

Rianse en adelante los vecinos de eso de que el cura es el padre de sus feligreses y el obispo el abuelo, y aprieten los nudos de su bolsa, ya que es lo único que los saca de quicio. Celebren bautizos, casamientos y entierros civilmente; prescindan de misas, novenas, etc., que no por esto les va a ocurrir nada desagradable (y aquí estoy yo para demostrarlo), empleando en carne, pau y vino el dinero que habían de entregar a las gentes de Iglesia. Y si al año no están más gordos, más tranquilos, y más sanos de cuerpo y espíritu, que se muevan de repente todos los frailes que hay en España.

No olviden mi consejo, practiquenlo y les irá tan ricamente.

El ayuntamiento de Alcoy ha recomendado a sus fieles (digo, a sus administrados) la devoción, y que se entusiasmasen cuando prediquen unos misioneros que están al caer.

¡Pobre pueblo de Alcoy! ¡Quién lo vió y quién lo ve!

Lo único consolador, es pensar en que estos polvos reaccionarios traerán unos lodos de justicia soberbios.

Y entonces será el crugir de cientos.

CONTRASTE

Va a amanecer. El cielo todavía viste su negro manto con brillantes, pero una línea ardiente a lo lejos indica los albores matutinos.

Reposa la ciudad. El ciego helado cruza silbando las desiertas calles, y duermen en los quicios de las puertas los nocturnos guardianes.

Don Fulano de Tal, robusto, fuerte, en la flor de la edad, rico de sangre, torrado el cuerpo con gubán de pieles y las nervudas manos con los guantes. En busca de su coche, que le espera, del regio templo de sus vicios sale.

Se aburrió en el teatro, donde estuvo con otros caballeros respetables cuidando de enseñar de vez en cuando unos dedos cuajados de diamantes; después, en un salón, entre perfumes habló de diversiones y de trajes, y fué a acabar la noche en una especie de embriaguez distinguida y elegante. Le escanciarón el vino hermosas hembras que con él compartieron los manjares succulentos, sabrosos, exquisitos, servidos en raciones abundantes, y... total: que con uno ó dos billetes de los que a espaldas le dejó su padre, se ha pagado una orfela... ¡la que goza sin disgustos ni quebras años hace!

Jamás de otra manera se emplearon las fibras de su carne, no sirviendo sus brazos de otra cosa que de sostén a las mujeres fáciles, ni de su inteligencia, si la hubiere, se gasta la sustancia ni un adarme, porque al tirar el oro a manos llenas no se pone a pensar de dónde sale. Y heste que va a dormir en blando lecho con prole firme é invariable de volver a empezar cuando despierte, • le despierten al caer la tarde.

Al arrancar la cómoda berlina, allí a dos pasos, en la misma calle, vería don Fulano, si no fuese por la escarcha que empaña los cristales que en mitad del arroyo una tramera, tiritando de frío, muerta de hambre, revuelve con su gancho la inmundicia en busca de guinapos miserables.

Lleva tras sí un chiquillo más lacio, más hambriento que su madre que, hundiéndose en el montón sus manecitas busca también... ¿Qué busca? ¡Ni lo sabe! Debiles son los dos, flacos entecos. No tienen fuerzas, ni vigor, ni sangre, y husmean en la tierra ansiosamente lo que no quiere nadie.

Conque... estudien los sabios estadistas una manera de que el mundo cambie, porque hacerlo mejor será difícil, pero que así está mal... ¿qué duda cabe?

SINESIO DELGADO

El alcalde de Lebrija, Pacheco León, insultó en la estación del ferrocarril al director de *El Sinapismo* de Sevilla y trató de acometerle con una navaja, eñablandose una lucha cuerpo a cuerpo á la que pusieron fin algunas personas que al escándalo acudieron. Después de esta hazaña lo metió en la cárcel y lo envió al juez de Utrera, que lo puso inmediatamente en libertad.

Vuelvo a recomendar el revolver como prenda del uniforme de periodista.

Sobre todo en esta época en que está en su apogeo la matanza de cerdos.

UN TÍO DE VERDAD

Varios obispos de la Iglesia anglicana mandaron recitar oraciones en las respectivas diócesis para implorar de Dios el triunfo de las armas británicas, y el pastor Kennedy, de Carlisle, ha protestado contra esas oraciones en los términos siguientes:

«Cómo un ministro de Dios, que conoce los hechos, puede rogar en favor de esta expedición de salteadores y asesinos, de esta infame invasión, de este ejercicio brutal de la fuerza contra el derecho! La guerra es obra de los capitalistas, de Chamberlain y de Rhodes. El objetivo de ellos es el robar las minas de oro y el de fundar un imperio. Para orar por el éxito de semejante guerra, sería preciso encomendarse al diablo y no a Dios. En cuanto a mí rehúso

el invocar al diablo con su propio nombre ó con otro supuesto.

¿Qué diferencia entre ese pastor y nuestros obispos, consagrados en tiempos de las guerras coloniales á crear batallones que fueran a combatir en Cuba!

Si todos los que se dedican a vivir hablandonos del cielo, tuviesen el valor y la noble entereza de ese pastor protestante, quizás, quizás me atreviera yo a sospechar timidamente que las religiones podían servir para algo.

Sin afirmarlo, por supuesto.

La Geraldino ha tenido la honra de que los curas de Játiva la hayan atacado brutalmente, llamándola *carne cruda, mujer tristemente célebre, basura que debe barrerse*, y otras caualadas del repertorio necedalesco.

Debe ella dispensarlos. Son curas, no han tratado más que con esas artistas del timo llamadas hermanas de la Caridad, y la han confundido con ellas.

La ignorancia y la religión extravían hasta algunos cerebros bien organizados. ¿Qué estragos no causarían en los de esos beduinos?

Unase á esto el que no suelen adolecer de buenas cualidades, y juzgue lo que pueden dar de sí.

ALMANAQUE

DE

DON QUIJOTE

El que acaba de publicar para 1905 este querido colega, vale mucho por su texto y grabados y cuesta sólo 50 céntimos. Los escritores más renombrados han colaborado en él. Administración, Palma Alta, 32 duplicado. Madrid.

«Un joven presbítero celebró hace pocos días su primera misa en la villa de Sepúlveda, y el padre del misacantano, para celebrar tan fausto suceso y para dar á la vez un ejemplo de continencia á la comunidad de fieles católicos, convidó á una comida á 300 personas de su amistad, las cuales se engulleron nada más que 4 terneras, 43 costanones, 35 pavos, 120 gallinas y capones, 2 fanegas de garbanzos, 50 flanes y de 100 á 150 piezas de pan de dos libras y media cada una, y se sorbieron 800 cafés, 700 cuartillos de vino común, 50 botellas de Jerez, Málaga y otros vinos generosos y, por último, 50 botellas de vino generoso».

Un periódico, en el cual hallo la noticia de este derroche gastronómico, añade que «se habían preparado cinco grandes tinajas de agua para el consumo durante la fiesta, pero al terminarse ésta se vió que el líquido no había sufrido merma alguna».

Si así entra ese cura en una religión que predica el desprecio de la materia, ¿qué no hará, ¡oh! santo!, cuando lleve en ella quince ó veinte añitos? Se comerá á Cristo por los pies.

LA MUJER

En España no se estudia, no se inventa, no se piensa, no se lee, no se crea, no se escribe. Esto es axiomático. Vivimos amodorrados; somos estériles como la mujer del pasaje bíblico.

La civilización nada nos debe. El progreso material y moral no le conoceríamos, si tarde y contrachecho no nos viniera de extraños pueblos. Cuanto hay de maravilloso en el mundo no nos pertenece. Cuanto asombra por su potencialidad creadora ó especulativa no lleva nombre español.

No arrancamos ni a la tierra sus secretos ni al espacio sus misterios. Nadie osará negar que en ciencias naturales estamos atrasaditos. Lo propio sucede en punto á Filosofía, Derecho y Bellas artes. Ni siquiera pintamos algo en lo que en otros tiempos fuimos los maestros. Aludimos á la literatura y á los siglos XVI y XVII.

Nuestro burgués es el verdadero hombre sólido de *Figaro*; especie de planta que nace, vive y muere sin llegar á saber por qué ha nacido y vivido. Habladle de que en el mundo todo son percepciones, y os dirá que bueno; decide que todo son sensaciones, y os contestará lo propio. Son cuerpos sin alma que digieren perfectamente. Una ruina espiritual que espanta pensar en ella.

En cuanto á nuestros industriales, hay que decir que se limitan á copiar bastante bien lo que ya por viejo han abandonado algunos de sus colegas extranjeros.

El obrero español, como carece de patronos que le eduquen, y como, por otra parte, muchos no sienten el prurito de educarse, resulta que, siendo cual pocos inteligente, es el más imperfecto.

Y todo es así. En nosotros trabaja el músculo y duerme el cerebro. Rara vez los destellos de la inteligencia española hieren en el alma y en el glóbulo de los ojos.

Ilgo gracia al lector de la ignorancia que distingue a los periodistas, abogados, médicos y católicos españoles; ignorancia secular, profunda, hereditaria, morbosa. Da modo que en lo intelectual allá nos confundimos todos, obreros y burgueses, dirigidos y directores, gobernantes y gobernados. Bancarrota cerebral como esta, jamás se ha conocido.

Hay naciones que decaen, cierto; pero, como las mujeres hermosas, conservan hasta el fin rages que delatan y recuerdan lo que un tiempo fueron. Bien es verdad que nunca fuimos gran cosa; pero cuando menos guerreros y literatos... Y hoy... Recordad la guerra con los Estados Unidos y ved á Talía desolada.

Ingenios nacionales y extranjeros han dicho que esta pobreza cerebral tiene por causa el clima de España, cuyo sol hermosos nos echa á la calle robándonos horas al estudio, á la experiencia y á la meditación. Esto es verdad; pero no es el sol, no son los días primaverales lo que nos echa á la calle. Grecia, poco más ó menos, goza del mismo clima que España, y Grecia, en otros tiempos, y por cierto en época en que el trabajo se consideraba como una desgracia, dió á la humanidad grandes varones en letras, filosofía, arte y ciencias. Si el clima ocasionara eso marasmos intelectuales por que pasa España, la patria de Homero no la hubieran inmortalizado cien genios universales.

No, no es el clima la causa de nuestra nulidad. Es algo menos fatal, más dependiente de nosotros, algo más nuestro y que puede remediarse median-

te un esfuerzo de voluntad. La causa de esto mal es la mujer.

Si somos estériles, si intelectualmente nada producimos, si no inventamos, ni creamos, ni estudiamos, es porque no podemos vivir al lado de nuestras mujeres; porque su inutilidad para todas las cosas, su falta de instrucción, sus prejuicios, sus errores, su frialdad, su mojigatería, su conversación, su todo, nos hacen abandonar la casa para buscar en la calle, en el casino ó en el café aquella conversación, aquel contacto, aquel cambio de impresiones que nuestra instrucción y modo de ser exigen, y que en casa, al lado de nuestra mujer, no hallamos. En los hogares españoles hay divorcio de almas para todo aquello designado de las eternas leyes del amor.

Desde el hombre culto hasta el hombre inculto, todos á una, porque también todos tienen la mujer que en relación los pertenece, no hallan en el hogar aquella correspondencia intelectual que ha menester el hombre para comunicar sus impresiones, y lo que no hallan en casa lo buscan fuera: que el pensamiento necesita aire, ambiente y luz para seguir pensando.

Y como la vida callejera, de casino ó de café imposibilita para emprender cosas serias, de ahí que el escritor no escriba, que el obrero no se perfeccione, que el industrial no invente, que el negociante no se ilustre, y que todos seamos gente estéril, incapaz para algo grande que ofusque y maraville.

Yo no creo que esto que digo es un sofisma. Estoy convencido de que los españoles no valen, porque no vivimos en nuestras casas; y no vivimos en ellas, porque estando al lado de nuestras mujeres no estamos «acompañados», particularmente los artistas, los escritores, los filósofos, los pensadores, los cerebrales, como se llaman ahora. Para el hombre de talento debe ser una tortura hablar y vivir con su mujer, espíritu prosaico, inteligencia inculta, impresionabilidad sólida para todas las cosas baladías, vulgares y frívolas.

Si la mujer nos echa de casa, porque, según su rango, no se le puede hablar más que de chismes y enredos, de lazos y flores, de moñas y criadas, de telas y novelones, y de cuanto insustancial y hueco y simple se puede tratar. Así la educamos y así es, y las consecuencias son tan patentes como lamentables.

Se sigue de aquí, que todo clama porque se eduque á la mujer para ser compañera del hombre, no un objeto del lujo que después de adquirido nos molesta. Hay que educarla sin prejuicios ni gacemodías, sin resabios de cosas muertas ni preocupaciones que envenen. Educada como corresponde para que pueda cumplir dignamente su misión en la tierra, habremos formado el hogar de que hoy en puridad carecemos, y que necesitamos para luchar, perfeccionarnos y vencer.

H.

MISCELANEA

Los periódicos clericales han dado en la gracia de decir que no quieren más rey que á nuestro Señor Jesucristo.

Se explica. Es el que más fácilmente se deja explotar por los neos. Por lo demás, estamos conformes en que no haya más que eso.

En una función teatral dada para recreo de los alumnos de las escuelas pobres de Jerez de la frontera, uno de los actores gritó al final: *¡Viva el corazón de Jesús!*

El lugar no podía ser más á propósito para la farsa.

Contemplaban los vecinos de Palma de Mallorca un coque en cuya portezuela campaba un Corazón de Jesús. Cayeron en la cuenta de que era el mismo que hace pocos días fué detenido por llevar matute, y exclamaron á coro: ¡Naturalmente!

A lo que yo añado: «¡Todo matute!»

Entregaron al cura de Teis diez pesetas para que se las diera á una pobre huérfana, y se las guardó á pretexto de que la madre de ella se las debía, sin decir porqué.

La caridad cristiana es la más sublime de las virtudes.

Se susurra en Bilbao que en un convento hay una monja en un estado que yo no me hallé nunca, ni me hallaré. Puedo jurarlo.

Le deseo una buena hora.

El ayuntamiento de Jerez de la Frontera ha acordado en sesión pública suscribirse por determinado número de ejemplares á *La Revista Católica* de Madrid.

Me alegro, para que rabien los trabajadores que no comen.

En Roma y otras ciudades italianas hay quien en vez de rendirle culto á Dios, se lo rinde á Satanás.

Es lo mismo.

Querido colega *La Provincia*, de Logroño:

Procura averiguar si es cierto ó no lo que ha dicho el ex fiscal de Murillo de Río Leza, don Juan Pastor, sobre los datos que me envió un comité republicano que no ha parecido por parte alguna.

Y si no lo es, envíame nuevos datos y deja el asunto por mi cuenta. Que irán bien servidos el Pastor y los clericales que andan en el ajo.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á *El Motín*:

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.
LOS REYES CON MORTE, por «El Motín». Cien láminas.
LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, por el obispo de Metz.
JUAN LA PAPA, por Julio Fernández Nieto.
LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.
MONTA SECRETA, ó INSTRUCCIONES reservadas de los jesuitas.
LA VISTA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por el profesor.
¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La Verdad» de Liria.
CANTAS DE TATILANDO al obispo de Clermont y al abate Maury.
CARTA DE TATILANDO al Papa Pío VII.
POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motín».
LA MENDICANCIA Y LA IGLESIA, por Laurent.

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO EN EL PRESENTE SIGLO

Aparecieron pequeñas partidas en las provincias de Girona y Barcelona de antiguos guerrilleros y ladrones, de muchos de los cuales dió buena cuenta el marqués de Campo Sagrado.

La conspiración se tramó en el monasterio de Poblet, donde se reunieron una porción de obispos y frailes, ocupando la presidencia la heroína estólida, querida del *Tropense*, la histórica Josefina Comertud. Allí se designaron las juntas que se habían de encargar del gobierno de España. La de Corvera la formaban el vicesecretario Miguel, el presbítero Torredadella, el padre Bari de Santo Domingo, el guardián de Capuchinos Vila, párroco de Pradell y el coronel Jordana. En Manresa se constituyó otra que se tituló *Superior del Principado*. La formaban don Agustín Saperes (a) *Garagol*, don José Correns, letrado de Vich, don José Quinquier, domero de la iglesia de Manresa, y Llopert, vicdomero. Los ministros de Dios, como vemos, se reservaron casi todos los cargos.

«Alma de aquella lucha y su fuerza más valiosa, era el clero, dice un historiador. En Corvera y en Manresa los regulares y seculares constituían lo más grande de sus juntas respectivas. Como predicadores de aquellas maneras de cruzadas contra los pecadores negros y los malvados masones, distinguieron en Cataluña el doctor don Nicolás Fábregas; el padre Puig, prior de los dominicos; el padre Ginés, guardián de los franciscanos; los frailes de la misma orden, padres Palau y Solá; el filipense padre Francisco Mora y tantos más.

En Vich, a diferencia de lo sucedido en Tarragona, Barcelona, Girona y Lérida, cuyos prelados aparecieron con más ó menos buena voluntad apartados de los mal contenidos, su obispo reunió en el monasterio de Ripoll al obispo de Girona, delegado del de Solsona y á los abades de Ripoll y Camprodón, siendo aquella junta como la primera de otras celebradas luego en el convento de Capuchinos de Vich, á las cuales concurren el exaltado religioso Francisco Miquel; don José Clara, comandante del batallón de realistas; su inseparable don Pablo Benet, el padre Miguel Casas, franciscano de Lérida; el boticario Viader; el coniller Isern; los tenderos Piá y Costa y no pocos oficiales de los voluntarios realistas.

Aquellos religiosos, en correspondencia con muchos cabildos y con los conventos de las Ordenes á que pertenecían, entendíanse además con personas muy calificadas de la corte y con el cuartel del infante don Carlos, con objeto de colocar á éste en el trono arrojando de él á su hermano.

He aquí el programa de los sublevados: «Extinción de las sectas, sujeción del ejército que sería reemplazado por voluntarios realistas, separación de todos los empleados que no fueran probados realistas, supresión de la instrucción pública, restablecimiento de la Inquisición, reunión de un Concilio nacional para fijar las verdaderas máximas religiosas».

Ese programa es un documento precioso; revela con exactitud el carácter de los carlistas. Era rey de España Fernando VII; ministros Colomarde y el duque del Infantado, pertenecientes al partido apostólico; gobernaba Cataluña el conde de España, Ugea feroz que fusilaba á montón los liberales. ¡Y aun esto les parecía poco!

Fernando VII se presentó en Cataluña y los obispos no se atrevieron á ponerse frente á él. Al contrario, publicaron proclamas ordenando á los sublevados que entregasen las armas. Tal proceder excitó la ira de los que, habiendo sido comprometidos por ellos, ahora los vendían. El cabecilla Pizola publicó un manifiesto en que se leen estas palabras: «Catalanes: tiempo es ya de romper mi silencio para vindicarme con vosotros de la calumnia con que nos acusan todos los obispos del Principado en sus respectivos pastorales».

Abandonado de los obispos, autores del movimiento, éste fracasó.

El *manolo* encargó al conde de España acabar con el carlismo, y éste cumplió como quien era y como aquel le ordenó, ahorcando en la ciudadela de Zaragoza al coronel don Juan Rafi Vidal, á los tenientes coroneles don Alberto Olives y don Joaquín la Guardia, don Rafael Busch y Bailester, jefe de los sublevados, don Miguel Bericart, de Tortosa, el médico de Manresa, don Magin Pallas, Jaime Vives, José Rabuste y á Pizola. Poco después murió fusilado en Olot don José Bussons (el *Jep del Estany*) con tres de sus ayudantes.

Como se dijo (véase ya demostrado) que esta insurrección se preparó también de acuerdo con Fernando VII, exclama un historiador:

«La necesidad de destruir cuantos testigos pudieran en un día haber evidenciado la causa y proceso de aquella insurrección, excitó la vida á la mayor parte de sus jefes: Vidal, Pallas, Pizola, el *Jep del Estany* y algunos más, no hubieran seguramente muerto entonces, á saber menos de lo que sabían. A esto obedeció también un hecho de la vida del conde de España, por alguien considerado generoso rasgo, cuando en realidad sólo fué demostración de su perversidad. Estando en Vich, metió en un saco la correspondencia cogida á los rebeldes, las declaraciones, las pruebas y las causas fenecidas, y variándole en una chimenea encendida, mientras todo se reducía á pavesas, exclamó: «Centenares de familias quedan en salvo. Las leyes y los tribunales exigirán en vano los datos para perseguirlos. Cuando alguien reclame antecedentes, se le señalará diciendo que están bien asegurados en el archivo que dije en Vich. Mi conciencia me dice que he ahogado muchas lágrimas y he hecho un bien á la humanidad, después de prestar al rey un gran servicio».

Así escribía aquel general la quema de papeles, que hizo por que no se averiguase que el rey había promovido aquella insurrección, de acuerdo con Colomarde.

El fracaso de la sublevación de Cataluña desorganizó la sociedad de *El Ángel Exterminador*. La traición de los jefes y de los obispos desanimó á la gente de fila y ya no se volvió á hablar de tal asociación; pero es conveniente que á todas horas tengamos presente la conducta que siguió el partido carlista al hacer. Fué engañado en los conventos por la quema de un fraile, organizó una sociedad para exterminar por medio del puñal á los liberales, y se sublevó contra el rey legítimo al grito de ¡viva la Inquisición!

En vez de procurar la completa extinción del carlismo, el conde de España, tomó pretexto de la sublevación carlista para asesinar á mansalva liberales. No lo que hizo en Tarragona de una idea esta, que refiere un testigo presencial:

«Numerosas personas directamente implicadas en el vasto plan traidor, fueron presas ó llamadas simplemente á Tarragona. Las que no tenían muy cargada la conciencia, eran encerradas en el

espacioso castillo de Pilatos, edificio que llegó á llenarse por completo; las más criminales, á mejor dicha, más complicadas é enteradas del vasto plan, eran arrojadas al fuerte Lual, fortaleza que como un ogro iba tragándose paulatinamente, para vomitar luego sus cadáveres destrozados y sangrientos; la bandera negra era la señal de esos horribles asesinatos políticos.

«Pero otro local secreto existía; un patibulo cuya existencia ignoraba el público, distraído diariamente y á propósito, en otro punto diametralmente opuesto de la ciudad, donde se daban aquellos espectáculos sangrientos gratis, y este local tenebroso se hallaba en la Falsa-Draga, cuyas hileras mazmorras, sin ventilación ni luz, se llenaron de personas desconocidas, atraídas á Tarragona unas artísticamente, llamadas por el conde de España con pretexto de comunicarle ciertas órdenes secretas, y otras sorprendidas, se decía, por los mozos durante la noche en sus casas, arrastrándolas de sus lechos y separándolas de sus esposas, que quedaron viudas desde aquel momento. Estas víctimas secretas no entraban siquiera en la ciudad, sino que eran amontonadas en aquel sitio caliginoso, irrespirable, por estar lleno de gas carbónico producido por la respiración penosa de tan gran número de personas.

«¿Qué sucedía dentro del complicado recinto de estas solitarias fortificaciones que se hallaban fuera del alcance de las indiscretas miradas de los curiosos? Sólo Dios lo sabe; y será para siempre un misterio impenetrable, cubierto desde entonces con un negro y tupido velo, lo ocurrido en aquel tenebroso local. Las pocas personas que habitaban las casas adosadas á la cortina de la muralla que corre desde la torre de San Magin á la del palacio arzobispal, decían con gran reserva á sus más íntimos amigos, habiéndoles al oído, que durante el mayor silencio de la noche percibían muy á menudo lamentos, lloros, y á veces excrecaciones, reproducidas por el eco de aquellas finísimas fortificaciones, hasta parecer muchos los que sufrían y se quejaban; de repente una descarga retumbaba y cesaban aquellos pavorosos gemidos. A poco velábase recoger negros bultos en silencio y á oscuras por un pequeño espacio de la Falsa-Draga, sumiéndose de repente en la boca de un tenebroso antro, y á los pocos minutos la finísima comitiva reaparecía al exterior de las fortificaciones, guiada por un tristísimo faol. Era que ejecutores y víctimas habían atravesado el grueso del muro por una antigua poterna que existe debajo de las mazmorras y da frente al camino del cementerio, distante apenas un tiro de fusil de la ciudad, que tan lo luego todo sumido en tinieblas para reproducirse igual é iguales escenas en la noche siguiente».

En Barcelona no existía la seguridad personal; el domicilio era atropellado, el habitante más indefenso arrastrado en su familia y cargado de cadenas; por el más leve delito se imponían atroces penas; la más leve sospecha de liberalismo era castigada con el presidio y la horca; el que no se quitaba el sombrero ante una estampa religiosa, iba arrastrado no grillo á Ceuta; el que no llevaba resaca en el bolsillo, el conde de España le imponía una multa; el que usaba barbas se le creía mason, y era encerrado en la cárcel, donde le rapaban hasta las cejas; el marido que arrojaba de sí á la infeliz esposa, se le hacía vivir en unión de la adúltera, como ocurrió con el subteniente don Antonio Mares Llopes; las vagas frases de un niño eran motivo para sentenciar á un padre; las propiedades del que se lamentaba de aquel orden de cosas, eran destruidas ó enagenadas».

Rodeado el general de los hombres más crueles para llevar á cabo sus planes iníquos, habiendo llegado á adquirir una celebridad terrible entre ellos, el fiscal don Francisco Cantillón, el conde Moy, gobernador de la Ciudadela, el médico don Ramón Hugel, el subdelegado de policía don José Víctor de Oute y otros muchos, formándose además una policía secreta de la hez de la sociedad y de los presidios.

No hubo arbitrariedad que no se cometiera, crimen jurídico que no se aprobara, ni inhumanidad que no se llevase á cabo con los infelices que a centenares fueron encerrados en la Ciudadela de Montjuich.

El terror tenía en aquel periodo de sangrientas venganzas, sobrecojidos los ánimos de los habitantes de Cataluña, y la desconfianza y el recelo reinaban por doquiera. Infeliz del que hablaba aprobando ó desaprobando los hechos, los vecinos de Tarragona con mucho mayor motivo, porque conocían sobradamente al conde de España para que intentara en jugar impunemente con su severidad y excentricidades. ¡Ben recienta memoria tornó de su arbitrario modo de proceder!

«En las causas, dice un escritor, contra aquellos infelices incoas, no había ratificaciones ni confrontaciones, ni cargos, ni más defensor que el vil Segarra, ni más trámite que una declaración consistente por regla general en preguntar al acusado, si conocía el nombre de algunos de los contenidos en una lista que se leía, basteando la afirmación para estimarle confeso. Ni los asesinatos jurídicos, ni tal afán de hacer víctimas, ni tal sed de sangre, ni tal deleite en el martirio ni en la matanza, ni tales ni tan terribles monstruosidades parecerían yrosísimas, si no se hallaran comprobadas por multitud de testimonios auténticos, y por documentos tan irrefragables como la siguiente carta, que el teniente-rey don Manuel Bretón dirigió por aquellos días al general don Manuel Martínez de San Martín:

«No soy estálan, ni tengo en el Principado prisioneros ni bienes que turban mi razón; ningún vejamen he sufrido; no he pertenecido á partido alguno de los que neciamente tratan aún de acabar con la desgraciada España. Ninguna autoridad me ha faltado, ni aquel mismo general que á todo el mundo atropella me ha dejado de tener las consideraciones que me debeu ser guardadas; pero soy un oficial superior, un hombre de bien, un caballero español. Amo al rey mi señor, me interesa el buen concepto de su gobierno, y no puedo ni debo sufrir que un extranjero advendizado lo desacredite y exponga.

«Aviso de llegar de Barcelona, donde he servido bastantes años la tenencia de rey de su Ciudadela. Testigo ocular, de la notoriedad, del atroz comportamiento de aquellas autoridades, debo, á fuer de buen español, rasgar el velo á la mentira y á la intriga cortisana.

«El mando y prerrogativa del bárbaro conde de España en Cataluña, insulta á la humanidad, ofende á la religión cristiana, cede en desprecio á la legislación española, expone la más acorrida lealtad, aburre á la misma virtud, hiere al pundonor individual, excita el odio provincial, y compromete la pública tranquilidad á todas horas, exponiendo la Península toda á incalculables desgracias, de cuyo resultado no podrían resentirse hasta las tranquilas márgenes del apacible Manzanares.

«Los clamores de innumerables víctimas y familias, que traspasan los corazones piadosos imploren la justicia, don Manuel esposos, hijos, padres, deudos y amigos, sacrificados por la ambición, reclamando casas allanadas, edificios secuestrados, fábricas perdidas, establecimientos cerrados, obran en mi como testigos.

«En Madrid mismo existen en el día gran número de testigos de cuanto acabo de exponer; entre otros como el comisario de Guerra Larroy, capitán Nesina, médico Drumen, coronel Bruguera, teniente coronel Quijano y otros varios, que podrán detallar, aún mejor que yo, las tropelías, malos tratamientos, ilegalidades, intrigas, calumnias, injusticias, atrocidades, robos, exacciones, inhumanidades, que han sufrido ó visto sufrir á otros muchos infelices.

«Eltónces aparecerán muchos fusilamientos en causa ni razón; hombres puestos como por diversión yaun por equivocación en capilla; casas de fiscales adornadas con los muebles de los pobres presos; caballos de los mismos, montados y apropiados por generales; ricos hombres de buena fama y responsabilidad arrancados calumniosamente de sus talleres, rapados á navaja sus cabezas, atropellados como los malhechores, esterados como ordinas en un barco y transportados á Ultramar, tal vez aun sin haberseles recibido declaración. Entonces recordarán ahogados pendientes del suplicio con uniformes de jefes del ejército sin haber sufrido degradación anterior, y arrastrados después sus cadáveres; regada en sangre, tal vez inocente, las calles de la oprimida ciudad; se dejarán ver infames testigos y falsos, que podrán arrepentidos de sus crímenes, manifestar cuál los compró ó quién los hizo declarar á acusar con amenazas y opresiones.

«Verá entonces el público un capitán general con uniforme y faja, bailando las *Habas Verdes* al frente de la tropa, mientras los justiciados echaban el último suspiro; aquel mismo general, que arrojado y puesto los brazos en cruz ante la religiosa Amalia (Q. D. G.), dejaba caer con desdén el estudiantado escapulario y rosario; aparecerá también torpemente embriagado en la plaza de palacio, ó ya asomado un caballo de un tropel en el mirador de rey á presencia de toda la oficialidad de una escuadra holandesa, en ridícula imitación de Pilatos y Calígula.

«Entonces llegará á noticia del gobierno más de diecisiete suicidios, hijos funestos de la desesperación en las horrosas mazmorras, y un número de asfixiados por falta de respiración en los calabozos cerrados herméticamente. La antigua Argel, aun fuera corta comparación con las horrendas prisiones y los cautivos del conde.

«¿Y esto sucede en la católica España! «Allá usted, amigo mío, el uso que mejor le parezca de este escrito, en el supuesto de que todo está pronto á sostenerlo y probarlo, su atento y seguro servidor que besa su mano.—Manuel Bretón, teniente de rey de esta corte».

Entre los hombres de valor y dignidad de este siglo, merece indudablemente el primer puesto don Manuel Bretón, aunque su vez perdiera en el conde, pues se dice que cuando á Fernando VII le contaban alguna cruel estravagancia del Conde, se reía como un bendito y aun la repetía con elogios á los cortesanos de su tertulia íntima.

Para formarse ligera idea de las víctimas sacrificadas por el conde de Barcelona, y eso que se han destruido papeles importantísimos donde se relataban, bastarán unos cuantos datos tomados del *Diario de Barcelona* de 1828 á 1832 y del libro *La Ciudadela de la Inquisición*, de don Joaquín del Castillo y Moyano, impreso en 1836.

Fueron fusilados ó ahogados en 19 de Noviembre de 1828 los siguientes liberales:

Don José Ortega, teniente coronel graduado.—Don Juan Antonio Cabalero, teniente coronel.—Don Joaquín James, teniente con grado de capitán.—Don Juan Domínguez Romero, teniente graduado.—Don Manuel Coto, empleado del Resguardo de Rentas.—Don Magin Porta, pintor. (Había sido migrado, dice el *Diario*).—Don Domingo Ortega.—Don Francisco Hidalgo, profesor de lenguas.—Don Francisco Visturi, argentino.—Don Vicente Lorea, cabo del regimiento del Rey.—Don Antonio Rodríguez, cabo del regimiento del Rey.—Don José Ronsanet, cabo de artillería.

En 26 de Febrero de 1829 hubo estas diez víctimas:

Don José Rivira, teniente coronel.—Don Félix Soler, coronel retirado.—Don Joaquín Villar, escribiente de notaría.—Don José Ramón Nadal, coronel de cambios.—Don Agustín Sierra, conductor de correos.—Don José Sanz, (por Morcillo) hacendado.—Don Jaime Clavel.—Don José Mediano.—Don Pedro Paré, propietario.—Sebastián Ruiz Oriol, penado.

Y como si fueran pocas estas muertes, fueron fusilados y ahogados en 30 de Junio de 1829:

Don Pedro Mir, propietario.—Don Antonio Héro.—Don Juan Clot, administrador de Rentas.—Don Salvador de Mita, comerciante.—Don Manuel Sanecho.—Don Manuel Latorre y Parlo.—Don Antonio Ventrell.—Don Domingo Prat.—Don Manuel López.

Aunque fueron muchos los habitantes de Barcelona que de 1828 á 1832 fueron atormentados y perseguidos, nos ocuparemos únicamente de aquellos de que existen documentos irrecusables.

Don Vicente Mayori, coronel retirado, estuvo preso sin formación de causa varios meses; sufrió muchas torturas para que declarase, pero demostrada su inocencia, fué puesto en libertad. Lo capturaron de nuevo encerrándolo en Montjuich, y no pudiendo resistir los atroces martirios que le imponían, murió en el calabozo. Cuando el fiscal Cantillón vió su cadáver, dijo, dándole un puntapié en el rostro: «Dado á sepultura, que bien merecido tiene la muerte».

Pedro Alestres, fundidor de hierro, fué preso en su domicilio y encerrado en la Ciudadela. El gacetero realista Cazarat y el *Coix de las Bagues*, le dieron multitud de palizas, atándole en cierta ocasión el cráneo con un manojo de flaves. En las noches de nieve le hacían salir á la colada de la prisión y con pretexto de registrarle lo desnudaban completamente. Por último, se le mandó casi moribundo al presidio de Tarifa en 12 de Junio de 1830.

Don Antonio Apiguani, dentista, fué preso por suponerse que había murmurado de la nueva calle á la que se dió el nombre de *Fernando VII*. Encerrado en Montjuich, donde permaneció tres años, fué conducido al presidio de Tarifa, con diez de condenas. Un hijo suyo fué también preso y apaleado con la mayor crueldad.

Cipriano Munné, caltero, fué encerrado en la Ciudadela por sospechas de que en su café se reunían varios liberales. Cargado de cadenas, fué atormentado, y al año y medio enviado á Tarifa por diez años de presidio. Cuando en las noches de nieve le sacaban en compañía de otros desgraciados á la explanada, decía Cantillón y Courten, otro de los fiscales: «Lo mejor fuera para acabar pronto con todos éstos, abocar un cañón lleno de metralla y dispararlo».

Doña N. Fábrega, esposa de un liberal que se hallaba ausente, fué presa, colocándole los verdugos uno grillos que pesaban 27 libras por no querer declarar contra su esposo.

Don F. Cantos, preso durante largos meses y desesperado de su situación, puso fin á su vida traspasándose el cráneo con un clavo.

Don M. Sabater enloqueció por los tormentos que sufrió, y alitando contra los ladrillos del calabozo un hueso, se ahogó con él.

Entre los suicidas deben también contarse un cabo de artillería que se ahorcó con unas sábanas y un comerciante que se causó con un vidrio una incisión en la garganta, rasgándose la carne con los dedos y desangrándose lentamente hasta que espiró.

Don Francisco Vattel, teniente coronel, de edad de 58 años y que contaba una gloriosa carrera militar, fué preso y apaleado infinitas veces, permaneciendo encerrado en un calabozo más de diez meses sin que se le tomase una sola declaración. En invierno le conducían á los sitios más húmedos y helados, y en verano á los que castigaba más el sol y eran más estrechos. A los dos años de encierro fué embarcado para Ceuta en 21 de Septiembre de 1833.

Don Ramón Ros de Repusens, profesor de enseñanza primaria y de matemáticas, fué preso por habersele encontrado una lista con los nombres de los niños de su escuela, que Cantillón hizo creer eran nombres de conspiradores. Tras largos meses de prisión y atroces sufrimientos, fué puesto en libertad por la influencia de un tío suyo que entregó al Juez tres onzas de oro.

Antonio Haro, cabo de caballería, fué apaleado infinitas veces por Cazarat y Pablo de los Rellores. Murió en la horca y fué conducido al patibulo en una camilla á causa de estar extenuado por los padecimientos.

Sin pruebas, sin testigos, sin careos, sin garantías ni formalidades de ninguna clase, fueron juzgados y enviados á los presidios de Ultramar, con la cabeza atada para mayor encarnio, más de cuatrocientos de los presos, sin que pudieran dar un abrazo de despedida á sus familias; y más de mil ochocientos parientes de los presos salieron desterrados de Barcelona por el delito de *parentesco* con los encarcelados.

¿Hay que cargar á la cuenta del conde de España todos esos suplicios? La mayoría de los historiadores dicen que no, entre ellos Chao, hombre tan honrado como imparcial escritor.

«Notables revelaciones nos han hecho formar la convicción, dice, de que no debe recaer sobre él la responsabilidad de la mayor parte de las horribles ejecuciones de Barcelona, que se hicieron de real orden, aun después de haber sido algunos perdonados. La historia culpa al conde de España; nosotros aseguramos que fué sólo el instrumento, tan obediente como súbido, tan rigido como militar, y militar de otro siglo».

Mientras de esta manera terrible se asesinaba á los españoles, la falsa devoción estaba más en auge cada día. En 30 de Noviembre de 1827 se publicó el ceremonial para la misa de tropa, exponiéndose en él, que los sargentos suministrasen el agua bendita á los soldados; y en su correspondiente edicto se expresó la licencia para que los soldados pudiesen comer huevos, queso y mantea, y prometiérase, y la concesión de indulgencia plenaria si confesaran y comulgaren en determinadas festividades, y de cien días más de perdón á quienes asistieran á los sermones de su párroco. Y en 17 de Diciembre de 1827 se previno que en las hojas de servicio de todo oficial militar, se expresase el concepto que mereciera por su conducta cristiana; con lo cual, como esto había de hacerse previo informe del cura, quedaban sujetos á la inspección, juicio y censura eclesiástica.

Colomarde seguía colmando de favores á los voluntarios realistas; en cambio, por real orden de 12 de Julio de 1828 privaba de sus grados y honores á quienes en la época constitucional hubiesen pertenecido á sociedades secretas, aunque se hubiesen expontaneado ante los obispos (condición con que antes se les perdonaba), dando así efecto retroactivo á las leyes y añadiendo á la crueldad del engaño; restablecía en algunas provincias las terribles comisiones militares y concedía un indulto general por delitos comunes y no por los políticos ó de conspiración contra el gobierno.

Morcel á estos privilegios, el clero estaba cada día más insolente y levantisco. En 1828, el primer secretario de Estado y del despacho, don Manuel González Salmo, se vió obligado á suplicar al Nuncio de S. S., se sirviera prevenir al clero la observancia de las leyes del reino, y dar su permiso apostólico para que los encolados del resguardo pudiesen registrar las iglesias y conventos, convertidos en sementeras de tabaco, en depósito de géneros y efectos clandestinos y en guaridas de contrabandistas; y para que los dependientes de la Real Hacienda reconocieran en las puertas de las ciudades los carros y equipajes de los clérigos del mismo modo que se registraban los de todo vecino ó traficante sujeto á las órdenes generales. A lo que el Nuncio accedió con las restricciones que le plugo dictar, sin embargo de decir literalmente, que las continuas prevenciones de S. M. no habían alcanzado á contener á los eclesiásticos que abrigaban ó encubren á los defraudadores ó contrabandistas. Esto da una idea de cómo el clero se andaba.

Un incidente que vino á acabar de exaltar á los apostólicos.

La tercera mujer de Fernando, doña María Amalia, falleció en Aranjuez el 7 de Mayo de 1829, y desde luego manifestó el viudo desecho de contraer nuevo matrimonio. Doña Francisca, mujer de don Carlos, absolutista hasta la médula, procuró inclinar su ánimo hacia algunas de las princesas nacidas y educadas en Cortes muy absolutistas; una frase de Fernando destruyó aquella obra: «No más rosarios, contestó á la recomendación que le hicieron en favor de una princesa alemana muy religiosa. Casóse con María Cristina á pesar de la oposición de los apostólicos, y desde aquel instante le declararon guerra á muerte. Y así, cuando Fernando publicó en 31 de Marzo la Pragmática Sanción, que establecía la sucesión regular en la corona de España, en la previsión de que su esposa María Cristina tuviese una hija, los apostólicos se indignaron y tacharon el acto legal del rey como prueba de imbecilidad ó de locura.

María Cristina dió á luz el primer fruto de su matrimonio el 10 de Octubre de 1830, que se bantó al día siguiente con toda solemnidad y aparato, recibiendo el nombre de María Isabel y los honores de Príncipe de Asturias como heredera de la corona.

Este suceso aumentó el asentimiento de Cristina sobre su esposo, y privó de no escasa fuerza al bando apostólico. La Pragmática Sanción de 29 de Marzo de aquel año resultó providencialmente previsora para los intereses de la libertad.

En ese mismo año los españoles emigraron preparados un movimiento en la Península de acuerdo con Luis Felipe. La policía de Colomarde lo supo, y el rey firmó en 1.º de Octubre un decreto que

dijo en mantillas en ferocidad á cuantos había dicho; basta decir que se imponía la pena de diez años de cárcel y multa, á muerte, á cuantos sostuvieran correspondencia epistolar con los emigrados del reino.

En 13 de Octubre entraron los coroneles Chacalagarrá y Valdés en España, el primero por Vitoria, cayendo mortalmente herido al primer encuentro con los realistas que ejecutaron atrocidades horribles con su cadáver, y el segundo por Urdax seguido de 700 hombres. También entró Moria por Vera con los generales Batrín y López Baños, el coronel Iriarte, el jefe de Estado Mayor O'Donnell y unos sesientos hombres; el general Plazencia y el coronel Guerra por Aragón, y el general Méndez Vigo que obraba por su cuenta, y Miranda, San Miguel, Chacón, Graes y Milans, azándose también en Orense y don Antonio Rodríguez (a) *Bardas* con 60 hombres.

Todo el movimiento dió escaso resultado, y unos fueron batidos, otros se internaron en Francia, y los que cayeron prisioneros fueron fusilados. Los de Vera, al ser conducidos á la ciudadela de Pamplona, se vieron asaltados y heridos por la plebe realista y después fusilados á presencia de las familias de algunos de ellos; igual suerte sufrieron los de Orense. Colomarde tomó pretexto de la intención de los emigrados para llenar las cárceles de liberales de la Península que nada habían hecho, y para disponer cruentos sacrificios.

El clero celebró muchos estos suplicios; el clero, que en 1830 se componía de los siguientes individuos:

Obispos, 62.—Canónigos, 2.393.—Racioneros, 1.869.—Párrocos, 16.481.—Tenientes, 4.929.—Beneficiados, 17.411.—Ordenados de mayores, 18.669.—Idem de menores, 9.088.—Sacerdotes, 15.015.—Monjas, 24.007.—Frailes, 61.727.—Total 171.651.

Para mantener á esta gente improductiva era preciso ahorrar liberales, confiscar sus bienes y arruinar al país con exacciones que semejaban despojos, con tributos que eran latrocinios.

Todo esto, como es consiguiente, despertaba más y más en los liberales el deseo de sacudir aquel ignominioso yugo, y conspiraban sin descanso por lograrlo.

El 29 de Enero de 1831 desembarcó Torrijos en Aguada (Algeiras) con unos 200 hombres; rechazado, volvióse á Gibraltar con algunas pérdidas.

En 21 de Febrero se levantaron en armas los vecinos del pueblo de Los Barrios proclamando la Constitución, á la vez que 300 hombres á las órdenes del eximisto don Salvador Manzanares tomaban el camino de la Sierra de Ronda donde fueron batidos por numerosas fuerzas realistas que pasaron en el acto por las armas á cuantos cayeron prisioneros. Manzanares se descubrió á dos hermanos pastores; éstos le vendieron avisando á varios realistas; indignado, cortó de un solo sablazo la cabeza á uno de aquellos, y entonces el otro le derribó de un tiro; cuatro de los que le acompañaban perecieron en la refriega, y los que cayeron prisioneros, 16, murieron poco después en el patibulo.

Y recrudecieron las ejecuciones, dándose á las Comisiones militares, que se restablecieron, más amplias facultades que antes, y sustanciándose los procesos al galope, poniéndose á los denunciadores á cubierto de toda responsabilidad, y ocurriendo casos como el siguiente:

Farmadas diligencias contra don Ramón Tansor, del comercio de Madrid, por delación del voluntario realista Francisco Bindel, acusándole de tener armas prohibidas, y resultando falsa la delación, á instancias de Tansor se procesó y encarceló á Bindel. Colomarde, como ministro de Gracia y Justicia, ordenó poner en libertad á Bindel y sobresu su causa, y resolvió, para evitar ejemplares de esta clase, que los denunciadores de hechos ó indicios contra la seguridad pública, no fueran responsables en ningún tribunal de los avisos que dieran á la policía, cualquiera que fuese su resultado. Así se ponía la honra y la libertad á disposición de todos los perdidés.

Más de 200 españoles perecieron por lo de Manzanares.

Gritó en Madrid Juan de la Torre ¡viva la libertad! el 12 de Marzo, y el 29 fué ahorcado en la plaza de la Cebada.

El librero Antonio Miyar escribió á un emigrado español sobre las proscripciones que desolaban el reino; la policía abrió la carta, la entregó á los tribunales y el 11 de Abril fué ahorcado Miyar.

A la vez que á Miyar se prendió al rico comerciante don Francisco Mingas, al oficial de artillería Torrecilla, al don Rodrigo Aranda y al entonces modesto abogado don Salustiano Olózaga, que fueron encerrados en calabozos mezclados con forajidos y gente desalmada. Sus procesos se siguieron con más lentitud que el de Miyar, y esto los salvó, pues uno por dinero y otros por astucia, como Olózaga, se escaparon de la cárcel, que se procuraba no estuviera del todo bien custodiada, para facilitar el negocio de dejar huir á quienes lo pagaban bien.

Y vamos al caso de doña Mariana Pineda, hermosísima viuda de 27 años de edad.

El alcalde del crimen de Granada, don Ramón Pedrosa, la creyó cómplice de la evasión de Alvarez Sotomayor, preso político. No tenía prueba ninguna, pero un clérigo le dijo que dos hermanas bordadoras adornaban por encargo de doña Mariana una bandera de sala morada con la leyenda *Ley, Libertad, Igualdad*, que se suponía dedicada á servir de enseña para un proyecto revolucionario.

La confección de esta bandera habíase suspendido por el mal éxito de las tentativas de Torrijos y de Manzanares y de los marinos de la *Sala Pedrosa* hizo que fuese devuelta á la viuda, y envió en el acto la policía á reconocer su habitación, donde no halló lo que buscaba, sino en el piso segundo de la misma casa, donde moraba doña Ursula de la Presa.

Con esto bastaba en aquellos tiempos para abrir un proceso, y se abrió, conduciendo á la cárcel pública á la hermosa viuda. El fiscal Aguilar pidió la última pena, el juez Pedrosa se la impuso, y la Sala de Alzados confirmó la sentencia.

En la capilla mostró la joven Mariana ánimo esforzado y varonil, recomendó á sus amigos los hijos de Vera para que la dejaban, y en el cadalso, levantado junto á la vija del Triunfo, murió el 26 de Mayo de 1831. Ahora afite otra de aquel gobierno tiránico y baldón de sus feroces jueces.

No acabaron aquí las castigos. Distribuidas por las calles de Madrid varias tarjetas con letreros subversivos, alguien delató á don Tomás de la Urra; registrada su casa encontraron algunas que se le parecían, y don Tomás salió á la horca el 29 de Julio.

En ella murieron también en Madrid don José Torrecilla, y en Cádiz don Pablo Palacios, y en

(Con tinuará.)

MADRID.—IMPRENTA, PABLO JACO, DUPLICADO